

# Historias con misterio

libro al viento



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ  
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN  
FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

HISTORIAS CON MISTERIO

FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

AkinariHoffmannLisle-AdamChesterton

# libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO  
A LA LECTURA CREADA POR  
LA SECRETARÍA DE CULTURA  
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E  
IMPULSADA POR LA FUNDACIÓN  
GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

---

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito

Fundación Gilberto Alzate Avendaño

Ueda Akinari

E.T.A. Hoffmann

Villiers De L'isle-Adam

G.K. Chesterton

---

# Historias con *misterio*

Ilustraciones de Rafael Yockteng

Selección e introducción de Julio Paredes Castro

**ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ**

Samuel Moreno Rojas

*Alcalde Mayor de Bogotá*

**SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA,  
RECREACIÓN Y DEPORTE**

Catalina Ramírez Vallejo

*Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte*

**FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO**

Ana María Alzate Ronga

*Directora*

Julián David Correa Restrepo

*Gerente del Área de Literatura*

**SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO**

Abel Rodríguez Céspedes

*Secretario de Educación*

Jaime Naranjo Rodríguez

*Subsecretario de Calidad y Pertinencia*

Cecilia Rincón Berdugo

*Dirección de Educación Preescolar y Básica*

Sara Clemencia Hernández Jiménez

*Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad*

- © Primera edición: Bogotá, septiembre de 2009
- © De esta edición: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2009

[www.fgaa.gov.co](http://www.fgaa.gov.co)

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del editor.

ISBN 978-958-8471-12-9

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Pilar Gordillo

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso en Bogotá por la Imprenta Distrital

UEDA AKINARI

13      *La carpa de mis sueños*

E.T.A. HOFFMANN

22      *Historia de fantasmas*

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

34      *La desconocida*

G.K. CHESTERTON

55      *El anillo de los enamorados*



## INTRODUCCIÓN

Los cuentos de esta nueva selección titulada *Historias con misterio*, y a la que entra ahora el lector de *Libro al viento*, comparten una de las más valiosas características o, mejor, virtudes que se le han adjudicado a las narraciones breves fantásticas y de suspenso: transmitir al lector la sensación real de asistir a un enigma cuya solución parece improbable o que, por lo menos, casi ninguno de nosotros cuenta con la suspicacia suficiente para develarla o resolverla de antemano.

Tal vez se podría agregar, como se ha dicho ya tantas veces, que esta cualidad se consigue gracias a que el narrador entiende que la clave también está no en la inevitable o necesaria solución del enigma sino, precisamente, en el hecho de enfrentarse al misterio; que el lector se deje llevar por entre las sombras, los vericuetos y los falsos atajos que le propone el relato. No es otra cosa distinta a este ajuste del lector con la trama y sus detalles lo que produce la fascinación, el desconcierto o, probablemente, el terror frente a estas y otras historias.

Por otro lado, los cuatro relatos que vienen a continuación se pueden entender también como relatos con “efecto”, en los que el final, además de sorprender o confundir al lector, tiene el propósito de dar una explicación lógica al misterio que se

ha venido narrando, como única manera de contrarrestar lo insólito, lo extraño o lo meramente improbable del argumento.

Así, el lector encontrará, por una parte, que en el relato “La carpa de mis sueños”, del escritor japonés Ueda Akinari (1734-1809), a un monje y pintor de la vida natural los sueños le revelan un día el talento para pintar los más hermosos y extraordinarios peces, de un realismo tal que no sólo genera la admiración de todos los que ven por primera vez los cuadros, sino que además alejan su alma del mundo de los hombres, hasta el extremo de poner en peligro su vida en la Tierra.

En el caso de “Historia de fantasmas”, del escritor alemán E.T.A. Hoffmann (1776-1822), vuelve a aparecer el recurso del cuento dentro del cuento, con una historia narrada por uno de los protagonistas y que sigue las convenciones clásicas de la imaginería fantástica y sobrenatural, con un desenlace inesperado en el que la intromisión de los espectros trastoca para siempre la lógica y la tranquilidad del mundo cotidiano y doméstico de una familia.

De entonación romántica, el relato “La desconocida”, del francés Villiers de L’Isle Adam (1838-1889), también parte de un hecho insólito, cifrado por los avances secretos del destino y que lleva al incierto reencuentro de dos amantes, quienes parecen reconocerse mutuamente como partícipes de un amor antiguo, que ha surgido en otra vida. Aunque en este caso las revelaciones de la trama dan un giro completamente

inesperado hacia una explicación realista, al final queda también la sensación de haber asistido a las peripecias sentimentales de dos sombras.

Por último, “El anillo de los enamorados”, del escritor británico G. K. Chesterton (1874-1936), es una historia que gira, con humor e ironía, alrededor de los distintos significados sentimentales que puede tener un anillo. Por el tipo de personajes y ambientación, se podría encuadrar más en el llamado relato de misterio que no traspasa los límites del realismo, donde ni los espectros ni las fuerzas sobrenaturales inciden en la trama y, por lo tanto, la solución del enigma se revela gracias a las facultades racionales y a la agudeza, de corte científico, de los protagonistas. Sin embargo, como sin duda descubrirá al final el lector, detrás de todas las explicaciones racionales a cualquier misterio, por más enrevesado que parezca, queda siempre la sugestión de una duda sobre las verdaderas intenciones que guían los actos de los hombres.





---

Historias con *misterio*



SE QUEDÓ DORMIDO Y SOÑÓ QUE HABÍA ESTADO  
EN EL AGUA NADANDO CON TODA CLASE DE PECES

# La carpa de mis sueños

UEDA AKINARI 1734 1809

Traducción de Catalina Holguín

HACE MUCHO tiempo, en la era Encho, vivía en Miidera un monje llamado Kogi reconocido por todos como un excelente pintor. No se limitaba a pintar budas, paisajes, aves o flores. Los días que no tenía obligaciones en el templo, iba al lago en un pequeño bote y cambiaba los peces que habían atrapado los pescadores con sus redes y anzuelos por dinero para liberarlos de nuevo, verlos nadar y pintarlos; haciendo esto durante años, Kogi se convirtió en un pintor muy preciso y hábil.

Una vez, estaba tan concentrado en su pintura, que se quedó dormido y soñó que había estado en el agua nadando con toda clase de peces, grandes y pequeños. Tan pronto se levantó dibujó exactamente lo que había visto y colgó la pintura a la pared. La llamó “La carpa de mis sueños”. Sorprendidos por la belleza de sus pinturas, las personas se peleaban por un lugar en la fila para adquirirlas; pero, aunque Kogi entregaba con gusto sus flores, aves y paisajes a quien los quisiera, se aferraba tercamente a sus pinturas de carpas. Decía juguetonamente: “Este monje

jamás entregará los peces que ha criado a los laicos que matan seres vivos y comen de su carne”. Noticias de sus pinturas y de su broma llegaron a todo el reino.

Un año Kogi se enfermó y, después de siete días, cerró los ojos de repente, dejó de respirar y perdió la conciencia. Acongojados, sus discípulos y amigos se reunieron, pero, al encontrar su pecho tibio, se sentaron a su alrededor a esperar su recuperación. Después de tres días, sus brazos y piernas se movieron un poco, de repente exhaló un gran suspiro, abrió los ojos, y se levantó como quien se despierta tras un largo sueño.

–Olvíde los asuntos humanos por mucho tiempo –dijo a los que estaban a su alrededor–;¿Cuántos días han pasado?

Sus discípulos le contestaron:

–Maestro, dejaste de respirar hace tres días. Los monjes del templo y todas las otras personas que te conocen vinieron a discutir los detalles de tu funeral, pero al ver que tu pecho seguía caliente, te estuvieron vigilando sin meterte en un cajón, y ahora que has vuelto a la vida, nos regocijamos de no haberte enterrado.

Kogi asintió y dijo:

–Quiero que alguien vaya a la casa de nuestro *danapati*, el oficial de Taira, y le cuente que misteriosamente he vuelto a vivir. El oficial está en este momento sirviendo sake y preparando un pez cortado en finas tajadas. Esta

persona deberá de pedirle que interrumpa su banquete por un momento para que venga al templo. Le dirá que debo contarle un relato muy extraño, y mirará con cuidado lo que están haciendo allá. Repetirá mis palabras exactas y nada más.

El mensajero se notaba indeciso, pero fue a la mansión, transmitió su mensaje a un intermediario, y con mucha cautela miró lo que hacían al interior de la mansión. El oficial, su hermano menor Juro, su sirviente Kamori y otros estaban sentados en círculo tomando sake. El mensajero se sobresaltó, pues la escena era tal cual la había descrito su maestro. Cuando escucharon el mensaje, las personas en la casa del oficial se sorprendieron muchísimo. Dejando la comida de lado, el oficial se fue al templo junto con Juro y Kamori.

Levantando la cabeza de la almohada, Kogi agradeció la presencia del visitante y el oficial, por su parte, felicitó a Kogi por su recuperación. Al momento, Kogi dijo:

–Escucha atentamente lo que voy a decirte. ¿Alguna vez has comprado peces de un pescador llamado Bunshi?

Sorprendido, el oficial le contestó:

–Sí, claro que sí. ¿Cómo lo sabes?

Kogi le dijo:

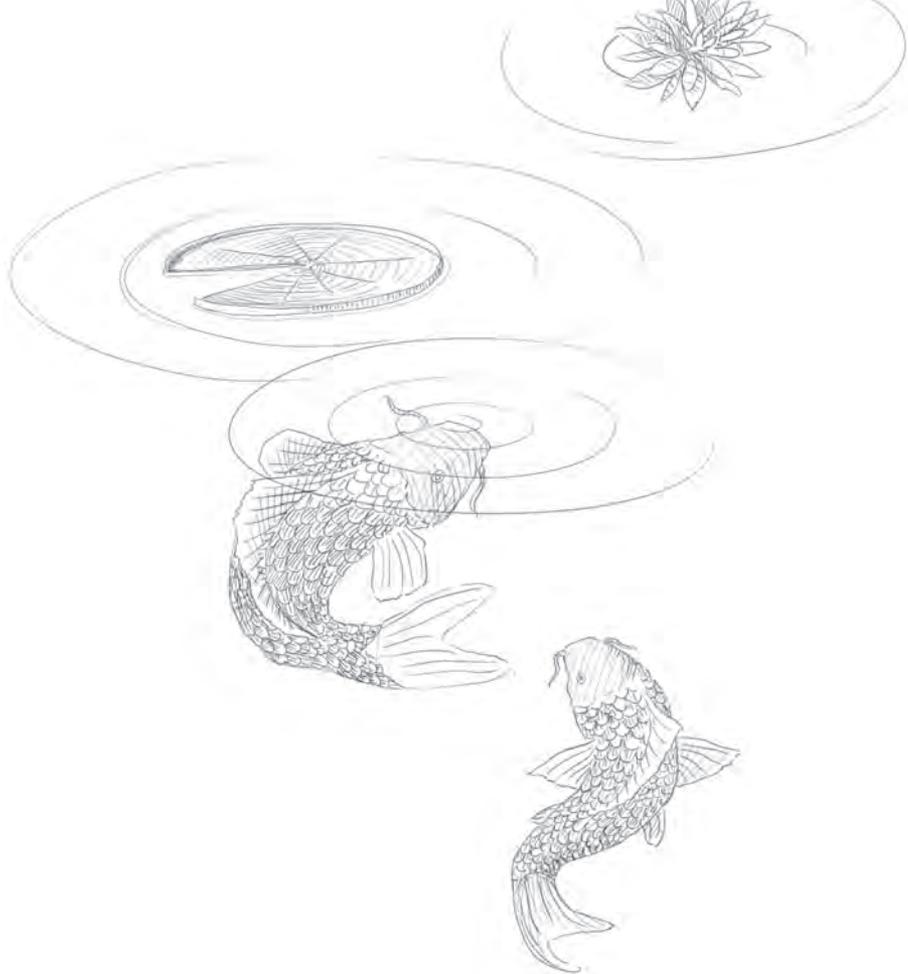
–El pescador entró a tu casa llevando una canasta con un pez de más de un metro de largo. Tú estabas en el ala sur jugando go con tu hermano menor. Kamori estaba

sentado a tu lado, comiendo un durazno grande mientras los miraba jugar. Encantado por el tamaño del pez que el hombre había traído, le diste una bandeja de duraznos y compartiste tu sake con él. El cocinero se llevó el pez henchido de orgullo y lo cortó en finas tajadas. ¿Me equivoco en algo?

Escuchando todo esto, el oficial y sus hombres, le imploraron, llenos de confusión y de sospechas, que explicara cómo conocía estos detalles. Kogi les explicó:

—El sufrimiento causado por mi enfermedad era insostenible. Sin percatarme de que había dejado de respirar, tomé mi bastón y salí por la puerta, esperando aliviar mi estado febril; entonces mi malestar se apaciguó y me sentí como un pájaro enjaulado que vuelve al reino de los cielos. Caminando por montañas y villorrios, llegué de nuevo al borde del lago. Cuando vi el agua del color del jade, sentí que la realidad se desvanecía y pensé que debía nadar un poco, así que, quitándome los hábitos, me lancé al agua, me zambullí hasta el fondo del lago y nadé por aquí y por allá, retozando a mi gusto, a pesar de no estar acostumbrado al agua desde niño. Ahora me doy cuenta de que todo fue un sueño tonto. Un hombre no puede nadar en el agua con la facilidad de un pez.

“Deseé poder comportarme como un pez. Cerca de mí encontré un gran pez, quien me dijo: ‘El deseo del maestro será concedido. Por favor, espere acá’. El pez desapareció



UN HOMBRE NO PUEDE NADAR EN EL AGUA  
CON LA FACILIDAD DE UN PEZ.

en las profundidades y de repente un hombre ataviado con una capa y corona se dirigió hacia mí, cabalgando el mismo pez que me había hablado y seguido por numerosos peces. Me dijo: “Traigo un mensaje del Dios del Lago: “Reverendo monje, has adquirido mucho mérito al liberar criaturas capturadas por los hombres. Ahora has entrado al agua y deseas nadar como un pez. Te vestiremos como una carpa dorada para que disfrutes los placeres del mundo acuático. Pero debes tener cuidado y no dejarte tentar por la fragancia de la carnada, ser atrapado y perder tu vida.” Después de trasmitirme el mensaje, desapareció. Asombrado, inspeccioné mi cuerpo y descubrí que había adquirido brillantes y doradas escamas. Me había convertido en una carpa.

“Sin extrañarme por mi condición, sacudí mi cola, agité mis aletas y paseé a mi gusto. Primero nadé sobre las olas formadas por los vientos que soplan desde el monte Nagara, y luego, vagando por el borde de la gran bahía de Shiga, me asombró ver gente paseando por ahí, tan cerca del agua que sus faldas se mojaban. Traté de sumergirme hasta las profundidades donde el imponente monte Hira imprime su reflejo, pero no pude esconderme, pues las lámparas de los pescadores de Katada me atraían irremediablemente como si estuviera soñando. La luna posada en las aguas de esa noche oscura como una baya silvestre iluminaba el pico del monte Kagami y alejaba hermosa-

mente las sombras de las ochenta esquinas de los ochenta puertos. Las islas de Okino y Chikubu así como la cerca de madera roja reflejada en la superficie del agua me maravillaron. Cuando desperté de mis sueños, estaba entre las algas por las que pasaba un bote de Asazuma impulsado por los vientos del monte Ibuki; esquivé el hábil remo del remero de Yabase, sólo para ser ahuyentado por los pasos del guardia del puente Seta. Cuando el sol empezó a calentar, subí a la superficie; y cuando el viento se hizo fuerte, me sumergí en las profundidades.

“De repente, me atacó el hambre, y busqué aquí y allá algo para comer. Nadé frenéticamente sin encontrar nada, hasta que me topé con el sedal que Bunshi tenía suspendido en el agua. La carnada tenía una fragancia abrumadora. Entonces recordé la advertencia del Dios del Lago. Soy un discípulo de Buda, me dije. ¿Voy a rebajarme a comer carnada para peces sólo porque no pude encontrar algo que comer? Así que me alejé. Con el pasar del tiempo, mi hambre se hizo más intensa, y reconsideré mi posición, pensando: No puedo soportarlo más. Si me trago la carnada, ¿seré tan tonto de dejarme atrapar? Conozco a Bunshi hace mucho tiempo, ¿por qué habría de preocuparme? Entonces tomé la carnada. Rápidamente, Bunshi tiró del sedal y me atrapó. ‘¡Oye! ¿Qué haces?’, grité, pero, pretendiendo no escucharme, me ató el cuello con la cuerda, amarró su bote en medio de las cañas del lago, me puso

en una canasta y entró a tu casa. Tú estabas en el ala sur jugando *go* con tu hermano menor. Kamori estaba cerca, comiendo fruta. Al ver el gran pez que Bunshi trajo, todos se alegraron y lo felicitaron. En ese punto, les hablé a todos ustedes. ‘¿Han olvidado a Kogi? ¡Libérenme, se los imploro! ¡Déjenme volver al templo!’ grité una y otra vez, pero ustedes se empeñaron en no oírme y sólo aplaudían de gusto. El cocinero presionó fuertemente mis ojos con los dedos de su mano izquierda, tomó un cuchillo bien afilado con la derecha, me puso sobre la tabla de cortar y ya me iba a cortar cuando vociferé agónico: ‘¿Hay algún motivo por el que se deba herir así a un discípulo de Buda? ¡Ayúdeme! ¡Ayúdenme!’ pero nadie me escuchó. Cuando sentí que ya iba a ser tajado, desperté de mi sueño.

Todos en el salón se sintieron profundamente conmovidos y asombrados.

–Pensando en la historia del maestro –dijo el oficial–, recuerdo haber visto la boca del pez moverse, pero no escuché ninguna voz. No puedo creer que haya visto eso con mis propios ojos.

Entonces el oficial envió un mensajero a su mansión y le ordenó que devolviera al lago los trozos de pescado restante. Después de esto, Kogi se recuperó por completo y vivió por muchos años hasta que murió de viejo. Cuando su fin se acercaba, tomó todas las carpas que había dibujado y las liberó en el lago, donde los peces abandonaron el papel y

la seda para nadar libremente en el agua. Por este motivo, ninguna de las pinturas de Kogi sobrevive. Un discípulo suyo, Narimitsu, heredó el don divino de Kogi y se hizo muy famoso. Se cuenta en una historia muy antigua que Narimitsu pintó una gallina en una puerta corrediza en el palacio Kan'in y que cuando una gallina de carne y hueso la vio le dio un picotazo.

# Historia de fantasmas

E. T. A. HOFFMANN 1776 1822

Traducción de Santiago Restrepo

CIPRIANO SE levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, como hacía cada vez que algo le preocupaba profundamente y necesitaba ordenar sus pensamientos para expresarse.

Sus amigos se reían en silencio. En sus miradas se podía ver que pensaban: “¡Qué aventuras nos irá a contar ahora!”

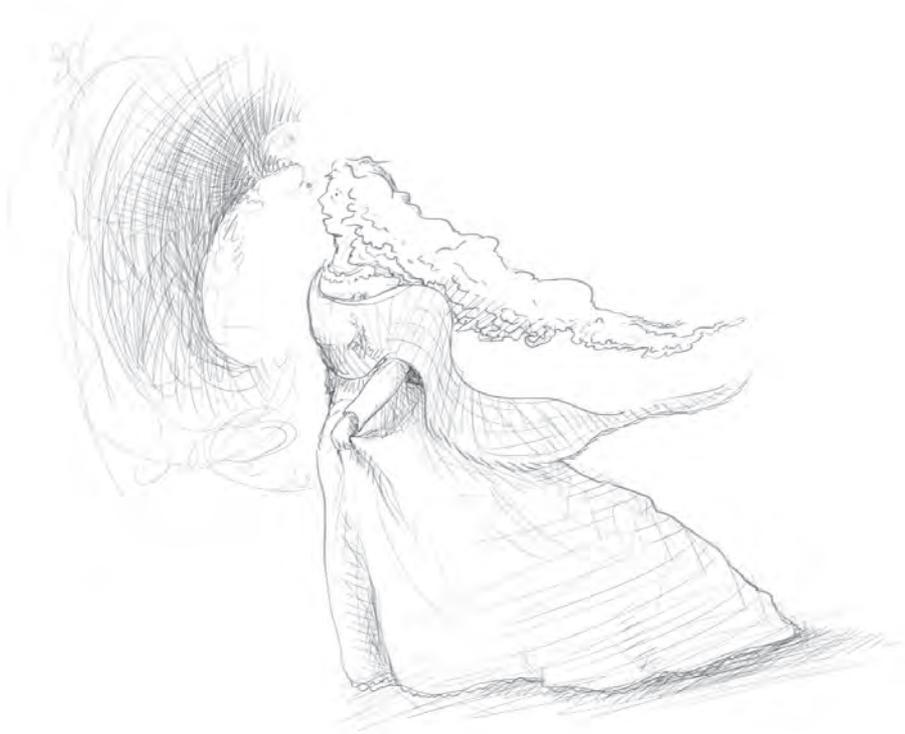
Cipriano se sentó e inició su relato:

–Como ustedes saben, hace un tiempo, poco antes de la última campaña militar, estuve visitando al coronel von P. El coronel era una persona despierta y alegre, y su esposa era muy tranquila y de una gran candidez.

“Cuando visité al coronel, su hijo estaba en el ejército, así que, además de la pareja, su familia estaba formada por dos hijas y una vieja francesa, quien se desempeñaba como una especie de institutriz, a pesar de que las dos jovencitas ya parecían haber dejado atrás la edad para eso. La mayor de las hijas, Augusta, era muy despierta y tan llena de vida que hasta traviesa era. No carecía de inteligencia, pero así como no podía dejar de dar cinco pasos sin hacer tres

piruetas, saltaba incesantemente de una cosa a otra en la conversación y así en todas sus acciones. La vi bordar, leer, pintar, cantar, bailar, todo ello en menos de diez minutos; también la vi llorar por el pobre primo que había muerto en la guerra y, con las amargas lágrimas todavía en los ojos, estallar en una carcajada estruendosa cuando la francesa, sin darse cuenta, dejó caer tabaco encima del pequeño perro, que de inmediato comenzó a ladrar furioso mientras la vieja francesa se lamentaba: “Ah, ¡*che fatalità!* – ah cariño – ¡*poverino!*” La francesa acostumbraba hablarle al perro solamente en italiano pues éste había nacido en Padua. Así, la hija menor era la jovencita de cabellos rubios más encantadora que uno pudiera imaginarse y en todos sus caprichos había bondad y gracia, ejerciendo así, sin quererlo, un encanto irresistible.

“La hija menor, que se llamaba Adelgunda, ofrecía un raro contraste. En vano busco palabras para describirles el asombro que me causó esta jovencita la primera vez que la vi. Imagínense ustedes la figura más bella y el más hermoso rostro. Pero a la vez, sus mejillas y sus labios estaban cubiertos de una palidez mortal y la niña se movía en silencio, despacio y con pasos medidos, y cuando una palabra a media voz salía de sus labios apenas abiertos y resonaba en el salón, me sentía invadido de estremecimientos fantasmales. Vencí pronto este miedo y cuando esta jovencita ensimismada trataba de hablar desde su



LA HIJA MENOR SE LLAMABA ADELGUNDA.  
LA FIGURA MÁS BELLA Y EL MÁS HERMOSO ROSTRO.  
PERO A LA VEZ, SUS MEJILLAS Y SUS LABIOS  
ESTABAN CUBIERTOS DE UNA PALIDEZ MORTAL.

interior, tuve que admitir que lo raro, lo fantasmal, sólo estaba en su exterior y no se veía para nada en su interior. En lo poco que la jovencita decía, se podían apreciar una ternura femenina, razonamientos claros y un temperamento amigable. No se veían en ella excesos de tensión, aunque la sonrisa llena de dolor y la mirada llorosa hacían sospechar que había algún tipo de enfermedad física que afectaba el ánimo de la tierna niña.

“Me pareció muy raro que todos los miembros de la familia, incluida la francesa, parecieran atemorizarse cuando alguien hablaba con la jovencita y trataban de interrumpir la conversación, entrometiéndose a veces de manera muy forzada. Pero aún más raro era que justo a las ocho de la noche, primero la francesa, luego la mamá, la hermana y el padre, le advertían a la jovencita que se retirara a su habitación, tal como se les dice a los niños que deben ir a dormir, para que no se cansara demasiado y pudiera dormir bien. La francesa la acompañaba, de modo que ninguna de ellas podía esperar la comida, que se servía a las nueve. La esposa del coronel, dándose cuenta de mi asombro y para evitar cualquier pregunta, dijo que Adelgunda estaba muy enferma y que a las nueve de la noche siempre tenía ataques de fiebre y que por eso el médico les había aconsejado que a esa hora la dejaran en absoluto reposo. Yo sentía que debía estar ocurriendo algo muy distinto, sin sospechar exactamente de qué se trataba.

“Sólo hasta hoy me vine a enterar de la horrible verdad de lo que sucedió y de las consecuencias que destruyeron de una forma tan horrible a esta pequeña y alegre familia.

“Anteriormente Adelgunda era la niña más alegre y jovial que pudiera encontrarse. La familia le celebró su cumpleaños número catorce y fueron invitadas varias de sus amigas. Las jovencitas estaban sentadas en círculo en el pequeño y bonito bosque del jardín del castillo y jugaban y reían sin preocuparse por la oscuridad que aumentaba a medida que caía la noche, pues soplaba la refrescante brisa de julio y apenas estaban comenzando a divertirse. Durante el mágico crepúsculo, las niñas comenzaron a bailar varias danzas en las que representaron elfos y otros duendes.

–Oigan –dijo Adelgunda, apenas el pequeño bosque se oscureció por completo–, oigan niñas, ahora voy a aparecer como la mujer de blanco de la que tanto hablaba nuestro difunto jardinero. Pero para eso tienen que venir conmigo hasta donde termina el jardín, allí donde está el viejo muro.

“Dicho esto, Adelgunda se envolvió en su chal blanco y corrió veloz a través del sendero. Las demás jovencitas la siguieron bromeando y riendo.

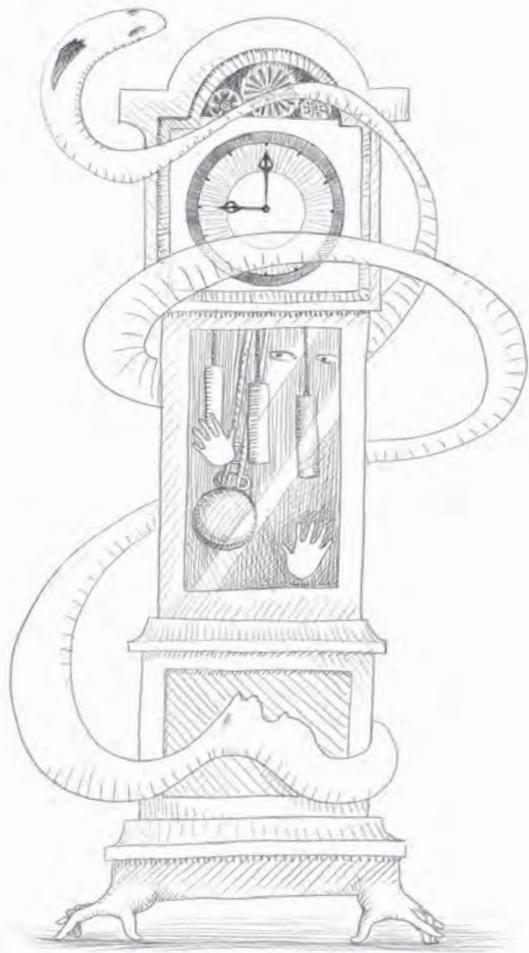
“Pero apenas Adelgunda llegó a un arco viejo y casi caído, quedó petrificada: se quedó parada sin poder mover pies ni brazos. Las campanas del reloj del castillo tocaron las nueve:

–¿No ven nada? – gritó Adelgunda con el tono del más hondo terror – ¿No ven nada? ¿No ven la figura que está frente a mí? Oh, Jesús, está estirando la mano hacia mí ¿No la ven?

“Las niñas no vieron nada pero todas se asustaron y salieron corriendo horrorizadas, salvo una, la más valiente, que se armó de valor y saltó hasta donde estaba Adelgunda y trató de tomarla en sus brazos. Pero en ese instante Adelgunda cayó como muerta al suelo. Los estruendosos gritos de angustia de las jovencitas hicieron que todos los que estaban en el castillo salieran apresuradamente y entraran a Adelgunda. Finalmente Adelgunda despertó de su desmayó y contó temblando, que apenas había llegado al arco, se le había aparecido al frente una figura etérea, como rodeada de niebla, que había estirado la mano hacia ella. Como es natural, todos atribuyeron la aparición a las maravillosas ilusiones que produce la tenue luz del atardecer. Esa misma noche, Adelgunda se recuperó tan bien del susto que nadie temió que le sucediera algún mal y más bien todos esperaron que el asunto se diera por terminado. ¡Pero algo muy distinto sucedería!

“La noche siguiente, apenas dieron las nueve, Adelgunda estaba rodeada de gente cuando se levantó aterrorizada y gritó:

– ¡Ahí está!, ¡ahí está! ¿Acaso no lo ven? ¡Está frente a mí!



- ¡AHÍ ESTÁ!, ¡AHÍ ESTÁ! ¿ACASO NO LO VEN?  
¡ESTÁ FRENTE A MÍ!

“Desde esa desgraciada noche, cada vez que daban las nueve, Adelgunda decía que la figura se le aparecía enfrente durante algunos segundos, sin que nadie más pudiera percibir en lo más mínimo o tener alguna sensación física de la cercanía de algún ser espiritual. Entonces, todos pensaron que la pobre Adelgunda estaba loca y la familia se avergonzó, por un extraño absurdo, del estado de la hija, la hermana. Esta era la causa de aquel particular comportamiento de la jovencita, que anteriormente les relaté.

“No faltaron médicos ni medios para tratar de librar a la pobre niña de la idea fija, que era como ellos llamaban a la aparición que Adelgunda decía ver. Pero todo fue en vano y ella rogó, en medio de las lágrimas, que simplemente la dejaran en paz, pues la figura de rasgos inciertos e irreconocibles no tenía nada terrorífico en sí misma y ya no le producía miedo; sin embargo, después de cada aparición de la figura, Adelgunda quedaba desganada, como si su interior se despojara de sus pensamientos y flotara incorpóreamente a su alrededor, dejándola enferma y débil.

“Finalmente, el coronel conoció a un famoso médico, de quien se decía que podía curar locos de una forma por lo demás bien astuta. Cuando el coronel le contó al médico lo que sucedía con Adelgunda, éste rió con fuerza y dijo que nada sería más fácil que curar esa locura, que simplemente era el producto de una imaginación sobreexcitada. La idea acerca de la aparición del fantasma estaba tan

asociada a los golpes de la campana de las nueve, que la fuerza interior de la mente de Adelgunda ya no las podía separar, por lo que había que causar esa separación desde afuera. Esto podría conseguirse muy fácilmente engañando a la jovencita con el tiempo, haciendo que pasaran las nueve sin que ella se diera cuenta. Si pasadas las nueve el fantasma no había aparecido, entonces ella misma se daría cuenta de que se trataba de una ilusión y la cura se completaría mediante medicamentos para fortalecerla. ¡La familia decidió llevar a cabo el desafortunado consejo!

“Una noche, la familia atrasó una hora todos los relojes del castillo, incluso un reloj que producía un ruido fuerte, de modo que cuando Adelgunda se despertara a la mañana siguiente, forzosamente creyera que era una hora más temprano. Al día siguiente llegó la noche y la pequeña familia estaba, como de costumbre, reunida en un cuarto bien adornado y ningún extraño estaba presente. La esposa del coronel procuró contar cosas divertidas y el coronel comenzó, como era su costumbre cuando estaba de excelente ánimo, a tomarle el pelo a la francesa ayudado por Augusta (la mayor de las niñas). Todos reían y estaban contentos como nunca.

“Entonces el reloj de pared dio las ocho (eran entonces en realidad las nueve) y Adelgunda se hundió en el asiento pálida como la muerte. ¡Los utensilios de costura se le cayeron de las manos! Luego se levantó, con el terror

estremeciendo su rostro, miró hacia un espacio vacío del cuarto y murmuró con voz apagada y débil:

–¿Qué? ¿Una hora antes? ¡Ah! ¿Lo ven? ¿Lo ven? Está justo frente a mí, ¡justo frente a mí!

“Todos se estremecieron del susto, pero como ninguno vio nada, el coronel dijo:

–¡Adelgunda! ¡Cálmate! No es nada, lo que te engaña es una ilusión, un juego de tu imaginación. Nosotros no vemos nada, absolutamente nada. Si de verdad se apareciera frente a ti una figura, ¿acaso no deberíamos verla tan bien como tú? ¡Cálmate! ¡Cálmate Adelgunda!

– Dios mío, Dios mío –suspiró Adelgunda– ¡Me van a volver loca! Miren, está estirando su brazo blanco hacia mí. Me hace señas.

“Y como si no tuviera voluntad, con la misma mirada absorta, Adelgunda extendió su mano hacia atrás, cogió un plato pequeño que por casualidad estaba sobre la mesa, lo extendió frente a sí en el aire y lo soltó. Y el plato, como llevado por una mano invisible, flotó en círculos y despacio alrededor de los presentes, ¡para luego posarse nuevamente en silencio sobre la mesa! La esposa del coronel y Augusta sufrieron un profundo desmayo seguido de una calurosa fiebre nerviosa. El coronel trató de recomponerse con todas sus fuerzas, pero podía notarse en su descompuesto semblante el profundo y perjudicial efecto de aquel fenómeno sin explicación. La vieja francesa

se había arrodillado inclinando el rostro sobre el suelo y todavía rezaba. Al igual que Adelgunda, la francesa se libró de todas las terribles consecuencias.

“Poco tiempo después la esposa del coronel murió. Augusta superó la enfermedad, pero hubiera sido preferible la muerte a su estado actual. A ella, que estaba llena de vida como lo dije anteriormente, la invadió una locura horrible y terrorífica, más que cualquiera producida por una obsesión. Ella se hizo a la idea de que era el espanto incorpóreo que veía Adelgunda y huía de todas las personas o al menos evitaba, apenas se encontraba con alguien, hablar o moverse. Apenas se atrevía a respirar, pues creía firmemente que si revelaba su presencia de esa u otra manera, podría llevar a los demás a una muerte horrible. Le abrían la puerta, le colocaban la comida, luego huía furtivamente y comía en secreto y así era en todo lo demás. ¿Puede haber un estado más atroz? El coronel por su parte, afligido y en un estado de desesperación, se fue con el ejército a una nueva campaña militar. Murió en la triunfal batalla cerca a W.

“Lo notable, muy notable, es que desde esa siniestra noche Adelgunda se liberó del fantasma. Desde entonces cuida fielmente a su hermana enferma con la ayuda de la francesa. Hoy me dijo Silvestre, el tío de las pobres niñas que está de visita, que va a pedir la opinión del buen R... acerca del tratamiento que en todo caso se podría intentar con Augusta. Permita el cielo esa improbable curación”.

Cipriano calló y también sus amigos permanecieron en silencio, absortos en sus pensamientos y mirando al frente. Finalmente Lotario dijo:

– ¡Esa sí que es una condenada historia de fantasmas! Pero no puedo negar que estoy temblando, aunque todo el asunto del plato en el aire me parece infantil y de mal gusto.

– ¡No tan rápido! –tomó la palabra Ottmar – ¡No tan rápido querido Lotario! Tú sabes lo que yo pienso de las historias de fantasmas, tú sabes que estoy en contra de todos los que ven apariciones.

# La desconocida

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM 1838 1889

Traducción de Esperanza Meléndez

A la señora condesa de Laelos.

*El cisne calla toda su vida para cantar bien una sola vez.*

Proverbio antiguo

*Era el niño sagrado al que un bello verso hace palidecer.*

Adrien Juvigny

AQUELLA NOCHE, todo París resplandecía en Les Italiens. Estaban presentado *Norma*. Era la noche de despedida de María-Felicia Malibran.

La sala entera, con los últimos acentos de la plegaria de Bellini, *Casta Diva*, se había puesto de pie y, en un tumulto glorioso, reclamaba con sus aplausos la presencia de la cantante. Lanzaban flores, brazaletes y coronas. Un sentimiento de inmortalidad envolvía a la augusta artista, casi moribunda, ¡y escapaba creyendo cantar!

En el centro de los asientos de platea, un hombre muy joven, cuya fisonomía expresaba un alma decidida y



EN EL CENTRO DE LOS ASIENTOS DE PLATEA, UN  
HOMBRE MUY JOVEN, CUYA FISIONOMÍA EXPRESABA  
UN ALMA DECIDIDA Y ORGULLOSA, MANIFESTABA,  
ROMPIENDO SUS GUANTES A FUERZA DE APLAUDIR, LA  
APASIONADA ADMIRACIÓN QUE LO EMBARGABA.

orgullosa, manifestaba, rompiendo sus guantes a fuerza de aplaudir, la apasionada admiración que lo embargaba.

Nadie, en el mundo parisino, conocía a este espectador. No tenía aire de provincia, sino de extranjero. En sus vestidos algo nuevos pero de un lustre apagado y un corte irreprochable, sentado en ese asiento de platea, habría parecido casi singular, sin las instintivas y misteriosas elegancias que emanaban de toda su persona. Al examinarlo, habríamos buscado en su entorno espacio, cielo y soledad. Era extraordinario: pero, ¿acaso no es París la ciudad de lo Extraordinario?

¿Quién era y de dónde venía?

Era un adolescente salvaje, un huérfano señorial –uno de los últimos de este siglo–, un melancólico castellano del Norte escapado tres días atrás de la noche de una hacienda de Cornualles.

Se llamaba el conde Félicien de la Vierge; era dueño del castillo de Blanchelande, en la Baja Bretaña. Una sed de existencia ardiente, una curiosidad por nuestro maravilloso infierno, se había apoderado súbitamente de él y había exaltado, allá, a este cazador... Emprendió el viaje: y ahí, sencillamente, estaba él. Su presencia en París se remontaba apenas a esa mañana, de suerte que sus grandes ojos aún estaban espléndidos.

¡Era su primera velada de juventud! Tenía veinte años. Era su entrada en un mundo de pasión, de olvido, de banalidades, de oro y de placeres. Y, por azar, había llegado a

tiempo para escuchar el adiós de aquella que se iba.

Pocos instantes le habían bastado para acostumbrarse al resplandor de la sala. Pero su alma, con las primeras notas de la Malibran, se había estremecido; la sala había desaparecido. El hábito del silencio de los bosques, del viento ronco de los cabezos, del ruido del agua sobre las piedras de las cascadas, y de las graves puestas de sol, habían elevado a poeta a este gallardo joven y, en el timbre de la voz que escuchaba, le parecía que el alma de estas cosas le enviaba el ruego lejano de volver.

En el momento en que, transportado de entusiasmo, aplaudía a la artista inspirada, sus manos quedaron suspendidas; permaneció inmóvil.

En el balcón de un palco acababa de aparecer una joven mujer de gran belleza. Miraba hacia el escenario y las líneas finas y nobles de su perfil perdido se ocultaban tras las sombras de las rojas tinieblas del palco, cual camafeo de Florencia en su medallón. Pálida, con una gardenia en su cabello castaño, y totalmente sola, descansaba en el barandal su mano, cuya forma revelaba un linaje ilustre. En la unión del corpiño de su traje de muaré negro, disimulada con encajes, una piedra enferma, un admirable ópalo, a imagen de su alma, sin duda, lucía en un círculo de oro. Con un aire solitario, indiferente a toda la sala, parecía olvidarse a sí misma bajo el invencible encanto de esta música.



EN EL BALCÓN DE UN PALCO ACABABA DE APARECER  
UNA JOVEN MUJER DE GRAN BELLEZA.

Quiso el azar, no obstante, que ella desviara, vagamente, los ojos hacia la multitud; en este instante, los ojos del joven y los suyos se encontraron, el tiempo de brillar y apagarse, por un segundo.

¿Se habían conocido alguna vez?... No. No en la Tierra. Pero aquellos que pueden decir dónde comienza el Pasado decidan dónde estos dos seres se habían poseído ya verdaderamente, pues esta sola mirada los había persuadido, una vez y para siempre, de que era un encuentro anterior a su nacimiento. El relámpago ilumina, de una sola vez, las ondas y las espumas del mar nocturno, y, en el horizonte, las lejanas líneas de plata de las olas: y así, la impresión, en el corazón de este hombre joven, bajo esta rápida mirada, no fue gradual; ¡fue la íntima y mágica admiración de un mundo que se descubre! Cerró los párpados como para guardar en ellos los dos resplandores azules que allí se habían perdido; luego, quiso resistir a ese vértigo opresor. Levantó los ojos hacia la desconocida.

Pensativa, ella continuaba apoyando su mirada sobre la del joven, ¡como si hubiese comprendido el pensamiento de este salvaje amante y como si hubiese sido algo natural! Félicien se sintió palidecer; tuvo la impresión, con esa rápida mirada, de dos brazos que se unían, lánguidos, alrededor de su cuello. ¡Ya estaba! El rostro de esta mujer acababa de reflejarse en su espíritu como en un espejo familiar, de encarnarse en él, de ¡recono-

cerse! en él, de fijarse en él para siempre bajo una magia de pensamientos casi divinos. Amaba con ese primer e inolvidable amor.

Sin embargo, la joven mujer, tras desplegar su abanico, cuyos negros encajes tocaban sus labios, parecía haber vuelto a su indiferencia anterior. Se diría que, ahora, escuchaba exclusivamente las melodías de *Norma*.

Al disponerse a alzar sus gemelos hacia el palco, Félicien sintió que aquello sería una inconveniencia.

– ¡Pero si la amo! – se dijo.

Impaciente por ver llegar el final del acto, Félicien se hundía en sus pensamientos. ¿Cómo hablarle? ¿Cómo saber su nombre? No conocía a nadie. ¿Consultar, mañana, el registro de Les Italiens? ¡Pero si fuera un palco casual, comprado especialmente para esta velada! El tiempo apremiaba, la visión iba a desaparecer. ¡Muy bien! Su coche seguiría al de ella, así de sencillo... Le parecía que no había otro medio. Después, ¡ya vería! Luego se dijo, en su ingenuidad... sublime: “Si ella me ama, seguro lo notará y me dejará algún indicio.”

Cayó el telón. Félicien salió muy rápido de la sala. Una vez bajo el peristilo, caminó dando vueltas, simplemente, delante de las estatuas.

Al acercarse su ayuda de cámara, le susurró algunas instrucciones; el criado se retiró en una esquina y permaneció allí muy atento.

El prolongado ruido de la ovación tributada a la cantante cesó poco a poco, como todos los ruidos de triunfo en este mundo. El público bajaba por la gran escalera. Félicien, con la mirada fija hacia la cima, entre los dos jarrones de mármol por donde corría el río deslumbrante de la multitud, esperó.

Ni los rostros radiantes, ni los atuendos, ni las flores en la frente de las señoritas, ni las esclavinas de armiño, ni el ruidoso raudal que fluía frente a él, bajo la luz, no vio nada de todo esto.

Y pronto toda esta asamblea se desvaneció, poco a poco, sin que la joven mujer hubiera aparecido.

¡Acaso la había dejado escapar sin reconocerla!... ¡No! ¡Imposible! Un viejo criado, empolvado, cubierto de pieles, estaba aún en el vestíbulo. Sobre los botones de su librea negra brillaban las hojas de apio de una corona ducal.

De repente, en lo alto de la escalera solitaria, apareció ella. ¡Sola! Esbelta, bajo un abrigo de terciopelo y el caballo oculto tras una mantilla de encaje, apoyaba su mano enguantada sobre la barandilla de mármol. Vio a Félicien de pie junto a una estatua, pero no pareció preocuparse mucho de su presencia.

Bajó apaciblemente. Al acercarse el criado, ella pronunció algunas palabras en voz baja. El lacayo se inclinó y se retiró al instante. Enseguida se escuchó el ruido de un coche que se alejaba. Entonces ella salió. Bajó, siempre sola,

por la escalera exterior del teatro. Félicien apenas alcanzó a soltarle estas palabras a su ayuda de cámara:

–Regrese solo al hotel.

En un momento, se encontró en la plaza de Les Italiens, a pocos pasos de esta dama; la multitud se había disipado ya en las calles vecinas; el eco lejano de los coches se debilitaba.

Era una noche de octubre, seca, estrellada.

La desconocida caminaba, muy lenta y como poco acostumbrada. ¿Seguirla? Era preciso, se decidió a hacerlo. El viento de otoño le traía el perfume de ámbar muy suave que venía de ella, el rastrero y sonoro roce del muaré sobre el asfalto.

Entrando en la calle Monsigny, ella se orientó por un segundo, luego avanzó, como indiferente, hasta la calle de Grammont, desierta y apenas iluminada.

Súbitamente el joven se detuvo; un pensamiento cruzó por su mente. ¡Era una extranjera, quizá!

¡Un coche podía pasar y llevársela para siempre! Al día siguiente se estrellaría con las piedras de una ciudad, ¡para siempre! ¡Sin encontrarla!

¡Estar separado de ella, sin cesar, por el azar de una calle, de un instante que puede durar la eternidad! ¡Qué porvenir! Este pensamiento lo turbó tanto que le hizo olvidar toda consideración de recato.

Adelantó a la joven en la esquina de la oscura calle; en-

tonces se volvió, se puso horriblemente pálido y, apoyándose en el soporte de hierro del farol, la saludó; entonces, muy naturalmente, mientras una especie de magnetismo encantador brotaba de todo su ser:

–Señora –dijo–, usted lo sabe; la he visto, esta noche, por primera vez. Como temo no volverla a ver, es preciso que le diga (se sentía desfallecer...) que ¡la amo! –terminó en voz baja– y que, si usted desaparece, yo moriré sin volver a decirle a nadie estas palabras.

Ella se detuvo, levantó su velo y examinó a Félicien con atenta firmeza. Después de un corto silencio:

–Señor –respondió con una voz tan pura que dejaba traslucir las más lejanas intenciones del espíritu–, señor, el sentimiento que le hace palidecer y actuar así debe ser, en efecto, bien profundo, para que usted encuentre en él justificación de sus actos. Por eso no me siento ofendida en absoluto. Seréne y considéreme su amiga.

Félicien no se sorprendió con esta respuesta: le parecía natural que lo ideal contestara idealmente.

La circunstancia era de las que, en efecto, los dos debían recordar, si eran dignos de ello, que pertenecían a la raza de aquellos que hacen las conveniencias sociales, y no de la raza de los que las soportan. Eso que el mundo de los humanos llama, por precaución, las conveniencias, no es más que una imitación mecánica, servil y casi simiesca de eso que ha sido vagamente practicado por

seres de naturaleza elevada en circunstancias generales.

En un arranque de ingenua ternura, Félicien besó la mano que le ofrecían.

–¿Quiere usted darme la flor que llevó en su cabello toda la velada?

La desconocida tomó silenciosamente la pálida flor, bajo los encajes, y, ofreciéndosela a Félicien:

–Adiós ahora –dijo–, y hasta nunca.

–¡Adiós!... –dijo él, en un balbuceo– ¿Entonces usted no me ama? ¡Ah! ¡Es una mujer casada! –exclamó de repente.

–No.

–¡Libre! ¡Oh, cielos!

–¡Olvideme, de todos modos! Es preciso, señor.

–¡Pero usted se ha convertido, en un instante, en el latir de mi corazón! ¿Puedo acaso vivir sin usted? ¡El único aire que deseo respirar es el suyo! Eso que usted dice, ya no lo entiendo: olvidarla... ¿cómo hacerlo?

–Una terrible desgracia ha caído sobre mí. Confesárselo sería entristecerlo hasta la muerte, es inútil.

–¿Qué desgracia puede separar a quienes se aman?

–Ésta.

Al pronunciar esta palabra, ella cerró los ojos.

La calle se alargaba, completamente desierta. Un portal que daba sobre un pequeño cercado, una especie de triste jardín, se abría ante ellos de par en par. Parecía ofrecerles su sombra.

Félicien, como un niño irresistible, que adora, la llevó

bajo esta bóveda de tinieblas, envolviendo el talle que se le entregaba.

La embriagadora sensación de la seda tensa y tibia que se moldeaba alrededor de ella le comunicó el deseo febril de estrecharla, de llevarla con él, de perderse en su beso. Se resistió. Pero el vértigo le quitaba la facultad de hablar. Sólo encontró estas palabras balbuceadas e imprecisas:

–¡Dios mío! ¡Cuánto la amo!

Entonces esta mujer inclinó la cabeza sobre el pecho de aquel que la amaba y, con voz amarga y desesperada:

–¡No le oigo! ¡Me muero de vergüenza! ¡No le oigo! ¡No oiré su nombre! ¡No oiré su último suspiro! No oigo los latidos de su corazón que golpean mi frente y mis párpados! ¿No ve usted el horrible sufrimiento que me mata? Soy... ¡ah! ¡Soy SORDA!

–Sorda –exclamó Félicien, fulminado por un frío estupor y temblando de la cabeza a los pies.

–¡Sí, desde hace años! ¡Oh! Toda la ciencia humana sería impotente para resucitarme de este horrible silencio. ¡Soy sorda como el cielo y como la tumba, señor! Es como para maldecir el día, pero es la verdad. Por eso, ¡déjeme!

–Sorda –repetía Félicien, quien, tras esta inimaginable revelación, se había quedado sin pensamientos, trastornado e incapaz siquiera de reflexionar sobre lo que decía. ¿Sorda...?

Luego, de repente:

–Pero, esta noche, en el teatro –exclamó–, usted, sin embargo, ¡aplaudía esta música!

Se detuvo, pensando que ella no le oiría. La cosa se volvía bruscamente tan espantosa que provocaba una sonrisa.

–¿En Les Italiens?... –respondió ella, también sonriendo–. Usted olvida que he tenido la oportunidad de estudiar la manifestación de muchas emociones. ¿Acaso soy la única? Pertenece al rango que el destino nos da y es nuestro deber mantenerlo. Esta noble mujer que cantaba, bien merecía algunas muestras supremas de simpatía... ¿Piensa usted, por cierto, que mis aplausos eran muy diferentes de aquellos de los *dilettanti* más entusiastas? Yo era música, en otros tiempos...

Ante estas palabras, Félicien la miró, algo confundido y esforzándose por mantener la sonrisa:

–¡Oh! –dijo– ¿se burla usted de un corazón que la ama hasta la desolación? ¿Se acusa de no oír, y me responde!

–Sucede –dijo ella– que, por desgracia... eso que usted dice, ¡usted lo cree personal, amigo mío! Usted es sincero, pero sus palabras no son nuevas más que para usted mismo. Para mí, usted recita un diálogo del que aprendí de antemano todas las respuestas. Desde hace años, ese diálogo es para mí siempre el mismo. Es un papel para el cual todas las frases están dictadas y son necesarias con una precisión verdaderamente atroz. Lo poseo a tal punto que si aceptara, lo que sería un crimen, unir mi miseria, así

fuera por unos pocos días, a su destino, usted olvidaría, a cada instante, la confianza funesta que acabo de hacerle. Yo le daría la ilusión completa, exacta, de cualquier otra mujer, ni más ni menos, ¡se lo aseguro! Incluso, yo llegaría a ser, incomparablemente, más real que la realidad. Piense que las circunstancias dictan siempre las mismas palabras y que el rostro se armoniza siempre un poco con ellas. Usted no podría creer que no le oigo, tal sería la exactitud con la que yo adivinaría. No pensemos más en ello, ¿quiere?

Esta vez, Félicien se sintió horrorizado.

–¡Ah! –dijo–, ¡qué amargas palabras puede usted pronunciar!... Pero yo, si así son las cosas, quiero compartir con usted, así fuera el eterno silencio, si es preciso. ¿Por qué quiere usted excluirme de este infortunio? ¡Yo hubiese compartido su felicidad! Y nuestra alma puede suplir todo lo que existe.

La joven se estremeció, y con sus ojos llenos de luz lo miró.

–¿Quiere caminar un poco, dándome el brazo, por esta calle oscura? –dijo–. Imaginaremos que es un paseo lleno de árboles, de primavera y de sol. Yo también tengo algo que decirle, algo que nunca más repetiré.

Los dos amantes, con el corazón preso de una tristeza fatal, caminaron, tomados de la mano, como exiliados.

–Escúcheme –dijo ella–, usted que puede oír el sonido de mi voz. ¿Por qué pude sentir que usted no me ofendía?

¿Y por qué le respondí? ¿Lo sabe usted?... Ciertamente, es bien sencillo que haya adquirido la ciencia de leer, en los rasgos de un rostro y en las actitudes, los sentimientos que determinan los actos de un hombre, pero algo muy diferente es que yo presento, con una exactitud muy profunda y, digámoslo, casi infinita, el valor y la calidad de estos sentimientos, así como su íntima armonía en aquel que me habla. Cuando, hace un momento, usted asumió la decisión de cometer conmigo esa espantosa inconveniencia, yo era la única mujer, quizá, que podía entender, en ese mismo instante, su verdadero significado.

“Le respondí porque me pareció ver brillar en su frente ese signo desconocido que anuncia a aquellos cuyo pensamiento, lejos de estar oscurecido, dominado y amorozado por sus pasiones, engrandece y diviniza todas las emociones de la vida y emana el ideal contenido en todas las sensaciones que ellos experimentan. Amigo, permítame enseñarle mi secreto. La fatalidad, al comienzo tan dolorosa, que cayó sobre mi ser material, se convirtió para mí en la liberación de muchas esclavitudes. ¡Me liberó de esta sordera intelectual de la que son víctimas la mayoría de las demás mujeres!

“Esa fatalidad volvió mi alma sensible a las vibraciones de las cosas eternas de las que los seres de mi sexo, de ordinario, no conocen sino la parodia. ¡Sus oídos están cerrados para esos ecos maravillosos, para esas prolonga-

ciones sublimes! De suerte que, a la agudeza de su oído, ellas no deben más que la facultad de percibir, solamente, aquello que es instintivo y exterior en las voluptuosidades más delicadas y más puras. Son las Hespérides, guardianas de esos frutos encantados cuyo mágico valor ignoran para siempre. ¡Ay! Yo soy sorda... pero ellas ¿qué oyen ellas? O mejor, ¿qué escuchan ellas en las palabras que les son dirigidas, sino el ruido confuso en armonía con la fisionomía de aquel que les habla? De suerte que, indiferentes no al sentido aparente, sino a la calidad, reveladora y profunda, en suma, al verdadero sentido de cada palabra, ellas se contentan con distinguir en las palabras una intención de adulación que les basta ampliamente. Es lo que ellas llaman lo “positivo de la vida” con una de esas sonrisas... ¡Oh! usted verá, ¡si vive!, verá qué misteriosos océanos de candor, de suficiencia y de baja frivolidad esconde, únicamente, esa deliciosa sonrisa... El abismo de amor encantador, divino, oscuro, verdaderamente estrellado, como la Noche, que experimentan los seres de una naturaleza como la suya, ¡intente traducírselo a una de ellas!... Si sus expresiones logran filtrarse hasta el cerebro de esa mujer, allí se deformarán, como una fuente pura que atraviesa un pantano, de suerte que, en realidad, ella no las habrá escuchado. “¡La Vida es impotente para colmar estos sueños, dicen ellas, y usted le pide demasiado!” ¡Ah! ¡Como si la Vida no estuviera hecha por los vivos!

–¡Dios mío! –murmuró Félicien.

–Sí –prosiguió la desconocida–, una mujer no escapa a esta condición de la naturaleza, la sordera mental, a menos, quizá, que pague un precio inestimable por su rescate, como yo. Ustedes atribuyen a las mujeres un secreto, porque ellas no se expresan sino con actos. Arrogantes, orgullosas de ese secreto, que ellas mismas ignoran, les gusta hacer creer que se las puede adivinar. Y todo hombre, halagado de creerse el adivinador esperado, malversa su vida para desposar a una esfinge de piedra. Y ninguno de ellos puede elevarse anticipadamente hasta la reflexión de que un secreto, por terrible que sea, si nunca es expresado, es idéntico a la nada.

La desconocida hizo una pausa.

–Siento amargura esta noche –continuó–, le diré por qué: ya no envidiaba lo que ellas poseen, por haber comprobado el uso que le dan, ¡y que le habría dado yo también, seguramente! Pero aquí está usted, aquí está usted, usted, a quien habría amado tanto en otros tiempos... ¡lo veo... lo adivino... reconozco su alma en sus ojos... usted me la ofrece, y yo no puedo aceptarla...!

La joven ocultó la frente entre las manos.

–¡Oh! –respondió en voz baja Félicien, con los ojos llenos de lágrimas–, ¡puedo por lo menos besar la tuya en el aliento de tus labios! ¡Compréndeme! ¡Déjate vivir! ¡Eres tan bella!... El silencio de nuestro amor lo hará más inefable y más sublime, mi pasión crecerá con todo tu dolor,

con toda nuestra melancolía... ¡Querida mujer desposada para siempre, ven a vivir conmigo!

Ella lo contemplaba con los ojos también bañados en lágrimas y, posando la mano sobre el brazo que la enlazaba:

–Usted mismo va a declarar que es imposible –dijo–. Escuche todavía. Quiero terminar, en este momento, de revelarles todos mis pensamientos... ya que usted no me oirá más... y no quiero ser olvidada.

Ella hablaba lentamente y caminaba, con la cabeza inclinada sobre el hombro del joven.

–¡Vivir juntos!... dice usted... Olvida que después de las primeras exaltaciones, la vida toma caracteres de intimidad donde la necesidad de expresarse con exactitud se hace inevitable. ¡Es un instante sagrado! Y es el instante cruel en el que aquellos que se han desposado sin prestar atención a sus palabras reciben el castigo irreparable del poco valor que dieron a la calidad del sentido real, ÚNICO, en suma, que esas palabras recibían de aquellos que las pronunciaban. “¡No más ilusiones!” se dicen, creyendo, así, enmascarar, bajo una sonrisa trivial, el doloroso desprecio que, en realidad, sienten por su especie de amor, y la desesperación que experimentan al confesárselo a sí mismos.

“¡Porque no quieren reconocer que sólo poseyeron aquello que deseaban! Les es imposible creer que –fuera del Pensamiento, que transfigura todas las cosas– cada cosa no es más que ILUSIÓN aquí en la Tierra. Y que

toda pasión, aceptada y concebida en la sola sensualidad, pronto se vuelve más amarga que la muerte para aquellos que se abandonaron a ella. Observe el rostro de los transeúntes y verá si me equivoco. Pero nosotros, ¡mañana! cuando llegara ese instante... ¡yo tendría su mirada, pero no tendría su voz; tendría su sonrisa... pero no sus palabras! Y siento que usted no debe hablar como los otros...

“Su alma primitiva y simple debe expresarse con una vivacidad casi definitiva, ¿no es así? Por eso, todos los matices de su sentimiento no pueden ser traicionados más que en la música misma de sus palabras. Yo no dudaría en sentir que usted está lleno por completo de mi imagen, pero la forma que usted da a mi ser en sus pensamientos, la manera en que soy concebida por usted, y que sólo puede manifestarse mediante algunas palabras encontradas cada día –esta forma sin líneas precisas y que, con ayuda de esas mismas palabras divinas, sigue indecisa y tiende a proyectarse en la Luz para fundirse en ella y pasar a este infinito que llevamos en nuestro corazón–, en suma, esta sola realidad no la conoceré jamás. ¡No!... Esta música inefable, oculta en la voz de un amante, este susurro de inflexiones inauditas, que envuelve y hace palidecer, estaré condenada a no escucharla... ¡Ah! Aquel que escribió en la primera página de una sinfonía sublime: “Así es como el Destino golpea a la puerta” había conocido la voz de los instrumentos antes de sufrir la misma aflicción que yo.

“¡Al escribir, él recordaba! Pero yo, ¿cómo recordar la voz con la cual usted acaba de decirme por primera vez: ‘Yo la amo’?...»

Al escuchar estas palabras, el joven se había vuelto sombrío: lo que sentía era terror.

–¡Oh! –exclamó–. ¡Pero usted entreabre en mi corazón abismos de desgracia y de cólera! Tengo el pie en el umbral del paraíso y debo cerrar, ante mí mismo, la puerta de todas las alegrías. ¿Es acaso usted la tentadora suprema...? ¡En fin!... Me parece ver brillar, en sus ojos, no sé qué orgullo de haberme desesperado.

–¡Vamos! Yo soy la que no te olvidará –respondió ella–. ¿Cómo olvidar las palabras presentidas que uno no ha escuchado?

–Señora, por desgracia, ¡usted mata por placer toda la joven esperanza que yo sepulto en usted...! Sin embargo, si tú estás presente en donde yo viviré, el futuro, lo venceremos juntos. ¡Amémonos con más valor! ¡Abandónate!

Con un movimiento inesperado y femenino, ella anudó sus labios a los suyos, en la sombra, suavemente, durante algunos segundos. Luego le dijo con cierta lasitud:

–Amigo, le digo que es imposible. Hay horas de melancolía en las que, irritado de mi dolencia, usted buscaría ocasiones para comprobarla aún más vivamente. ¡Usted no podría olvidar que no le oigo... ni podría perdonarme por eso, se lo aseguro! ¡Se vería, fatalmente, impelido, por

ejemplo, a no hablarme más, a no articular más sílabas junto a mí! Sus labios, solamente ellos, me dirían: “La amo”, sin que la vibración de su voz turbara el silencio. Acabaría usted escribiéndome, lo que sería doloroso. ¡En fin! ¡No, es imposible! No profanaré mi vida por la mitad del Amor. Aunque soy virgen, enviudé de un sueño y quiero permanecer insatisfecha. Se lo digo, no puedo tomar su alma a cambio de la mía. ¡Era usted, sin embargo, quien estaba destinado a conservar mi ser!... Y precisamente a causa de ello tengo el deber de arrebatarle mi cuerpo. ¡Me lo llevo! ¡Es mi prisión! ¡Si pudiese quedar pronto liberada de él...! No quiero saber su nombre... ¡No quiero leerlo!... ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Un coche aguardaba a pocos pasos, en la esquina de la rue de Grammont. Félicien reconoció vagamente al lacayo del peristilo de Les Italiens cuando, ante una seña de la joven mujer, un criado bajó el estribo del *cupé*.

La joven se separó del brazo de Félicien, se liberó como un pájaro y entró en el coche. Un instante después, todo había desaparecido.

El señor conde de la Vierge se marchó, al día siguiente, a su solitario castillo de Blanchelande, y no se ha vuelto a oír hablar de él.

Ciertamente, él podía jactarse de haber encontrado, desde la primera vez, a una mujer sincera que, por fin, tenía el valor de expresar sus opiniones.

# El anillo de los enamorados

G.K. CHESTERTON 1874 1936

Traducción de Catalina Holguín

–COMO DIJE anteriormente –comentó Mr. Pond, hacia el final de una de sus lúcidas aunque algo extensas intervenciones–, nuestro amigo aquí Gahagan es un hombre muy sincero porque dice mentiras caprichosas e innecesarias. Pero esta misma sinceridad...

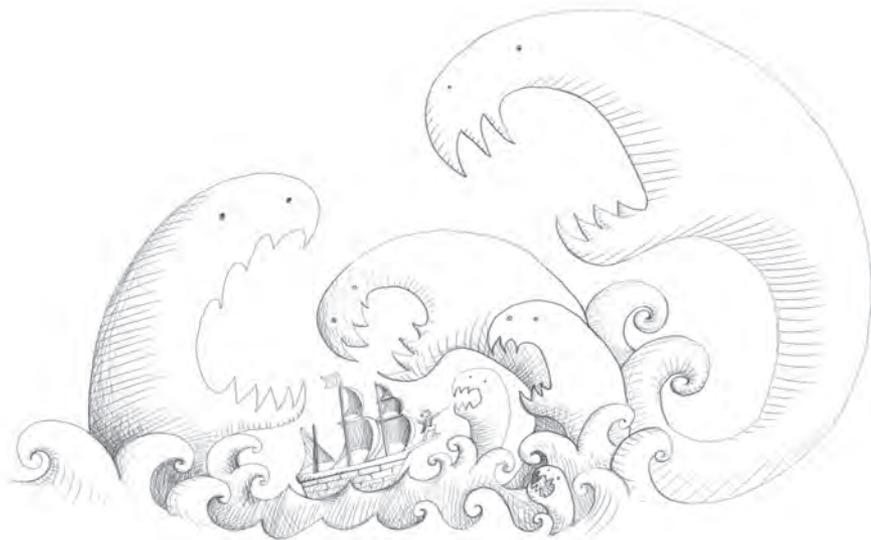
El Capitán Gahagan agitó una mano enguantada como en un cortés reconocimiento de cualquier cosa que alguien quisiera decir; llevaba una flor especialmente llamativa en el abrigo y parecía inusualmente contento. Pero Sir Hubert Wotton, el tercer miembro de esta pequeña reunión, se incorporó. Pues él seguía el flujo de las palabras con una atención infatigable y despierta, mientras que Gahagan, aunque radiante, parecía un tanto abstraído; y este tipo de insensateces abruptas siempre hacían incorporarse a Sir Hubert.

–Repita eso –dijo, no sin sarcasmo.

–Ciertamente es bastante obvio –declaró Mr. Pond–. Un mentiroso de verdad no dice mentiras gratuitas ni innecesarias. Dice mentiras sabias y necesarias. No fue

necesario para Gahagan decirnos alguna vez que no sólo había visto una serpiente marina sino seis, cada una más grande que la anterior; aún menos, informarnos que cada reptil a su vez se tragaba al último entero; y que el último de todos abría las fauces para tragarse el barco, cuando él vio que sólo se trataba de un bostezo después de una cena tan pesada y que el monstruo se quedó dormido de repente. No voy a discutir sobre la simetría matemática con la que cada serpiente entre cada serpiente bostezó y cada serpiente entre cada serpiente se durmió, todas excepto la más pequeña, que no tuvo nada qué cenar y salió a buscar algo. No fue, repito, necesario para Gahagan relatar esta historia. Ni siquiera fue sabio hacerlo. Es muy improbable que este relato mejorara sus expectativas mundanas, o que le significara algún premio o decoración por la investigación científica. El mundo científico oficial, no sé por qué, guarda prejuicios contra cualquier historia incluso una de una única serpiente marina, y sería aún menos probable que aceptara la narración en su forma actual.

“O de nuevo, cuando el Capitán Gahagan nos contó que había sido misionero de la Iglesia Anglicana y que había predicado con facilidad en los púlpitos protestantes Noconformistas y en las mezquitas de los musulmanes, después en los monasterios del Tíbet, aunque fue más calurosamente recibido por una secta de Teístas de estas regiones, gente en un estado de suprema exaltación espiritual



CADA REPTIL A SU VEZ SE TRAGABA AL ÚLTIMO  
ENTERO; Y QUE EL ÚLTIMO DE TODOS ABRÍA LAS  
FAUCES PARA TRAGARSE EL BARCO

que lo veneraron como a un dios, hasta cuando descubrió que eran fanáticos del Sacrificio Humano y él era la víctima. Esta declaración también fue un tanto innecesaria. Haber sido un clérigo latitudinario es poco probable que hubiera fomentado su presente profesión, o adaptarlo para sus aspiraciones actuales. Sospecho que la historia fue parcialmente una parábola o una alegoría. Pero en todo caso, fue bastante innecesaria y fue obviamente falsa. Y cuando algo es obviamente falso, no es obviamente una mentira.

–Supongan –dijo Gahagan repentinamente–, supongan que estoy por contarles una historia que es completamente cierta.

–La consideraría con mucha sospecha –dijo Wotton con severidad.

–Quiere decir que pensaría que aún sigo inventando. Pero ¿por qué?

–Porque sería muy parecida a una novela –contestó Wotton.

–Pero ¿no cree –preguntó Gahagan pensativo– que la vida real es a veces como una novela?

–Creo –replicó Wotton, con una cierta perspicacia genuina que habitaba en lo más profundo de él– que realmente siempre podría identificar la diferencia.

–Tiene razón –dijo Pond–. Y me parece que la diferencia es esta. La vida es artística en partes, pero no como un todo; es como fragmentos rotos de diferentes obras de arte.

Cuando todo se mantiene unido y todo se ajusta, dudamos. Incluso creería que Gahagan vio seis serpientes marinas; pero no que cada una era más grande que la anterior. Si hubiera dicho que primero había una serpiente grande y después una pequeña y después una más grande, quizás nos habría enganchado. A menudo decimos que una situación social es como encontrarse al interior de una novela; pero no termina como la novela, al menos no la misma novela.

–Pond –dijo Gahagan–, a veces pienso que está inspirado o que te encuentras poseído silenciosamente por un demonio. Es curioso que hayas dicho eso; porque mi experiencia fue exactamente así. Con una diferencia; cada melodrama quedó interrumpido, pero sólo para transformarse en un melodrama más sombrío o en tragedia. Una y otra vez, en este asunto, pensé que me encontraba en una historia de revista... que de nuevo se convertía en otra historia distinta. Una especie de escena que se disuelve, o una pesadilla. Especialmente una pesadilla.

–¿Y por qué una pesadilla? –preguntó Wotton.

–Es una historia terrible –dijo Gahagan, bajando la voz– Pero ahora no es tan terrible.

–Por supuesto –dijo Pond, asintiendo–. Usted está feliz y desea contarnos una historia terrible.

–¿Y *eso* qué significa? –preguntó Wotton.

–Significa– respondió Gahagan– que esta mañana me comprometí en matrimonio.

–Por todos los diablos...Perdón –dijo Wotton, con la cara muy roja-. Felicitaciones, por supuesto, y todo lo demás. Pero ¿qué tiene qué ver con la pesadilla?

–Existe una conexión –dijo Gahagan distraídamente-. Pero ustedes desean oír la historia terrible y no la feliz. Bueno, fue una especie de misterio, por lo menos para mí; pero lo comprendí finalmente.

–Y cuando termine de desconcertarnos ¿nos revelará la solución?

–No; Pond le revelará la solución –dijo Gahagan con malicia-. Ya se enorgullece pues ya adivinó el tipo de historia, antes siquiera de haberla escuchado. Si no puede terminar la historia, cuando la haya escuchado...

Hizo una pausa y enseguida continuó con más firmeza:

–Empezó con una cena, lo que ellos llaman una fiesta masculina, dada por Lord Crome, seguida de una reunión de cócteles ofrecida principalmente por Lady Crome. Lady Crome era una persona alta y ágil y graciosa, con una pequeña cabeza oscura. Lord Crome era casi todo lo contrario; era en todos los aspectos, físicos y mentales, una persona de “cabeza grande”. Habrán oído lo de una cara afilada; la suya era como un cuchillo que le cortara la propia cabeza, o mejor su propio cuerpo, anulando la figura más delgada e insignificante. Es economista y le da a uno la impresión de ser alguien distraído y un poco aburrido de todas las mujeres que nadan en la estela de su

maravillosa esposa, aquel inquieto cisne; y quizás por eso fue que deseaba la compañía más calmada de su propio sexo. Resultó que yo era uno de ellos; pero, a pesar de esto, se trataba de un círculo selecto.

“Era una círculo selecto y aún así difícilmente parecía haber sido seleccionado. En su mayoría eran hombres reconocidos, pero igual parecía como si Crome hubiera sacado sus nombres de un sombrero. La primera persona con la que me crucé fue con el Capitán Blande, quien se suponía ser uno de los más altos oficiales de la Armada Británica, y yo pensaría que el más estúpido, en cuanto a cualquier propósito estratégico. Por supuesto que tenía un aspecto magnífico, como una estatua “criselenfantina” de Hércules y tan útil en tiempos de guerra. Alguna vez usé el término “criselenfantina”, queriendo decir oro y mármol, y él pensó que lo estaba llamando elefantino. La clásica educación del *pukka sahib*. Bien, el hombre que acomodaron al lado suyo era el Conde Kranz, el científico y reformador social húngaro. Habla veintisiete idiomas, incluyendo el lenguaje filosófico. Me pregunto en qué lengua le hablaba al Capitán Blande. Justo detrás del Conde había otro hombre del tipo de Blande; pero más moreno, delgado y animado; un hombre llamado Wooster, perteneciente a algún regimiento bengalí. Su idioma también era algo limitado: el verbo latino polo, polas, polat; Juego polo, tú juegas polo, él juega polo, o (quizás más devastador) él no

juega polo. Pero así como el polo es un juego asiático y cuyo origen se puede rastrear hasta la adornada jungla de alumbrados persas e indios, así que había algo ligeramente eurasiático en este hombre Wooster; era como un tigre de rayas oscuras y uno podía imaginarlo deslizándose a través de la selva. Aquel par por lo menos parecía armonizar un poquito más; pues Kranz también era moreno y atractivo, con cejas asirias en forma de arco, negras y una barba larga y oscura, extendiéndose como un abanico o como la cola dividida de un pájaro. Me senté al lado, y me entendí muy bien con Wootser; a mi otro costado estaba Sir Oscar Marvell, el gran actor–manager, muy elegante y grande, con los bucles olímpicos y la nariz romana. Aquí hacía falta también algo de interrelación. Sir Oscar Marvell no quería hablar de otra cosa distinta a Sir Oscar Marvell, y los otros hombres no querían para nada hablar de Sir Oscar Marvell. Los tres hombres restantes eran el Subsecretario de Asuntos Exteriores, Pitt–Palmer, un joven de aspecto bastante frígido como el busto de César Augusto, y, en efecto, HE era los suficientemente clásico y pudo muy bien haber citado a los clásicos; un cantante italiano, cuyo nombre no pude recordar y un diplomático polaco, cuyo nombre nadie *podía* recordar. Y en ese momento me decía a mí mismo: “¡Qué colección tan divertida!”

–Conozco esa historia –dijo Wotton con resolución–. Un anfitrión con humor agrupa una gran cantidad de gen-

te incompatible por el simple placer de escucharla discutir. Una historia muy bien presentada en uno de los relatos detectivescos de Anthony Berkeley.

–No –replicó Gahagan–. Creo su incompatibilidad era bastante accidental y creo que Crome no lo usó para hacerlos discutir. Precisamente era el anfitrión más discreto de todos y lo más cierto sería decir que impidió que discutieran. Lo hizo de una manera muy ingeniosa, además, al empezar a hablar sobre reliquias y joyas de la familia y cosas por el estilo. A pesar de los distintos que eran entre sí, la mayoría eran adinerados, pertenecientes a lo que se llama una buena familia y ese era el terreno común al que más se podrían aproximar. El polaco, una persona calva y elegante, con unas maneras muy encantadoras y con mucho el hombre más ingenioso en la mesa, ofrecía un divertido relato de las aventuras de una medalla de Sobieski que primero fue a parar en las manos de un judío y después en la de un prusiano y después en las de un cosaco.

En contraste a polaco, lampiño y hablador, el italiano al lado suyo, permanecía silencioso y algo malhumorado, bajo su mata de pelo negro.

“Ese anillo que lleva usted, Lord Crome, tiene un aspecto bastante interesante –dijo el polaco, amablemente–. Estos anillos grandes son por lo general anillos históricos. Creo que de verdad me gustaría llevar puesto un anillo episcopal o, aún mejor, un anillo papal. Pero existen todos

esos fastidiosos preámbulos para convertirse en Papa; implica el celibato y yo...” y se encogió de hombros.

“Muy incómodo, sin duda”, dijo Lord Crome, sonriendo hacia el polaco con severidad. “En cuanto a este anillo aquí, bueno, es un anillo bastante interesante bajo cierta perspectiva, en esa clase de perspectiva de familia, por supuesto. No conozco los detalles, pero es obviamente un anillo del siglo dieciséis. ¿Le interesa verlo?” y se soltó del dedo un pesado anillo con una piedra roja y se lo pasó al polaco, que se encontraba sentado a su lado. Al examinarlo se comprobó que estaba montado con un racimo de rubíes extremadamente delicados y grabado con un mecanismo central con un corazón dentro de una rosa. Lo vi yo mismo, ya que lo pasaron alrededor de la mesa; y traía una inscripción en francés antiguo que decía algo como “Del amante sólo y únicamente para la amada”.

“¿Un romance en la historia de su familia, supongo?”, sugirió el conde húngaro. “Y alrededor del siglo dieciséis. ¿Pero conoce usted la historia?”

“No”, contestó Crome, “pero supongo que fue, como bien dice usted, un romance en la familia”.

—Empezaron a hablar largo sobre romances del siglo dieciséis y finalmente Crome preguntó de forma muy cortés si alguno había visto el anillo.

—¡Oh! —exclamó Wotton, con un profundo suspiro, casi como un estudiante de colegio ante la representación de

un prestidigitador-. Conozco *esa* historia, por lo menos. ¡Es un relato de revista, si le parece! No devolvieron el anillo y todo el mundo fue requisado o alguno se negó a que lo requisaran; y existía alguna terrible razón romántica para su negativa a ser requisado.

-Tiene razón -dijo Gahagan-. Sólo hasta cierto punto. El anillo no fue devuelto. Todos fuimos requisados. Todos insistimos en que fuéramos requisados. Ninguno se negó a ser requisado. Pero el anillo desapareció.

Gahagan se mostró ligeramente inquieto y puso un codo sobre el espaldar de la silla; después de un momento continuó:

-Por favor no crea que no sentí todo lo que ha dicho; que parecíamos haber entrado al interior de una novela y no un tipo de novela muy novedosa Pero las diferencia estaba exactamente en lo que dice Ponds: que la novela no terminó de forma correcta, sino que pareció avanzar hacia algo distinto. Habíamos llegado justo al momento del café en la cena, cuando se dio toda esta conmoción al momento de descubrir la desaparición del anillo. Pero todo ese absurdo de la registrada fue muy rápido y sencillo; y el café ni siquiera se había enfriado en el interludio, aunque Crome ofreció enviar por más. Todos contestamos que por supuesto no importaba, pero Crome llamó al mayordomo que nos los había servido y susurraron juntos en la que era una conversación evidentemente

agitada. Entonces, justo cuando Pitt–Palmer levanta su taza de café hacia los labios, Lord Crome se irguió como un resorte y tieso y lanzó un grito como el chasquido de un látigo:

“Caballeros, no prueben el café, está envenenado”.

–Pero por todos los diablos –interrumpió Wotton–, ¿esa es una historia diferente! Me pregunto, Gahagan, ¿está seguro que no soñó todo esto? ¿Después de leer todo un arrume de revistas viejas y mezclando todos los desenlaces? Claro que conocemos la historia de todo un grupo intoxicado con veneno...

–El desenlace en este caso fue mucho más extraordinario –dijo Gahagan con calma–. La mayoría de nosotros permanecemos sentados como estatuas de piedra ante semejante descarga de amenaza. Pero el joven Pitt–Palmer, con su frío, límpido y clásico rostro, se pudo de pie con la taza de café en la mano y dijo de la manera más tranquila:

“Lo siento muchísimo, pero odio que se me enfríe el café.

–Y vació la taza y, así como Dios me ve, el rostro se le puso negro o en una espantosa combinación de colores y entre ruidos horribles e inhumanos cayó al piso ante nuestros ojos, como víctima de un ataque.

–Por supuesto, al principio no estábamos muy seguros. Pero el científico húngaro poseía un título en medicina y lo que informó fue confirmado por el médico local, quien

fue llamado de inmediato. No había duda de que estaba muerto.

–¿Quiere decir –dijo Wotton–, que los dos médicos estuvieron de acuerdo en que había sido envenenado?

Gahagan sacudió la cabeza y repitió:

–Dije que los dos estuvieron de acuerdo en que estaba muerto.

–¿Pero porque iba a estar muerto a menos que hubiera sido envenenado?

–Se asfixió –dijo Gahagan, y por un segundo un escalofrío recorrió su poderosa constitución.

Después de un silencio que pareció impuesto de forma repentina por su agitación, Wotton dijo finalmente:

–No entiendo una sola palabra de lo que dice. ¿Quién envenenó el café?

–Nadie envenenó el café, pues no estaba envenenado –contestó Gahagan–. La única razón para decir eso fue la de asegurarse que el café se mantuviera en la taza, para analizarlo así como estaba. El pobre de Pitt–Palmer acababa de poner un trozo grande de azúcar, pero el azúcar se habría disuelto. Otras cosas no.

Sir Hubert Wotton miró durante unos segundos hacia el vacío y entonces sus ojos empezaron a brillar con esa inteligencia real aunque no demasiado ágil.

–¿Quiere decir –dijo Wotton– que Pitt–Palmer echó de alguna manera el anillo en el café negro, donde no



-¿QUIERE DECIR -DIJO WOTTON- QUE PITT-PALMER  
ECHÓ DE ALGUNA MANERA EL ANILLO EN EL CAFÉ NEGRO...

lo verían, antes de que lo requisaran? En otras palabras, ¿Pitt–Palmer era el ladrón?

–Pitt–Palmer está muerto –dijo Gahagan con seriedad–, y mi más alto deber es defender su memoria. Lo que hizo fue sin duda un error, como lo he llegado a comprender con mayor claridad que antes, pero nada peor que muchos otros hombres hayan hecho. Uno podría decir cualquier cosa que desee sobre esta clase de equivocaciones. Pero Pitt–Palmer no era un ladrón.

–¿Quisiera usted explicar o no lo que eso significa? –exclamó Wotton con una irritación abrupta.

–No –contestó Gahagan, con el aire repentino de caer una vez más en el desgano y la fatiga–. Mr. Pond nos hará ahora el favor de continuar.

–Pero Pond no estaba ahí, ¿no es cierto? –preguntó Wotton, bruscamente.

–Oh, no –contestó Gahagan, con la apariencia de alguien que está a punto de dormirse–. Pero puedo adivinar por sus cejas que ya sabe todo al respecto. Además, ya es el turno de otro.

Cerró los ojos con una placidez tan irremediable que el desconcertado Wotton se vio forzado a mirar hacia Mr. POND, casi como un toro aturdido.

–¿De verdad sabe algo de todo esto? –reclamó–. ¿Qué quiere decir Gahagan con que el hombre que ocultó el anillo no era el ladrón?

–Bueno, tal vez pueda intuir alguna cosa –dijo Mr, Pond con modestia–. Pero es así sólo porque no he dejado de pensar en lo que dijimos al principio; sobre la dirección equivocada en la que las cosas nos hacen recordar asuntos novelescos; aunque estas nunca se resuelven como en una novela. Ya sabe, el problema es que, cuando un hecho real nos hace pensar en una novela, pensamos de forma inconciente que ya lo sabemos todo al respecto, puesto que sabemos todo respecto a la novela. Nos hemos adentrado en el surco o el sendero de una ficción conocida, y no podemos dejar de pensar que este surco avanza y retrocede como en la ficción. Tenemos todo el escenario del relato en el fondo de nuestra mente y no podemos creer que realmente nos encontremos en otra historia. Siempre asumimos algo que se ha sido asumido en el relato de ficción y esto no es verdad. Una vez adoptamos el comienzo equivocado y uno no sólo dará la respuesta equivocada sino que también hará las preguntas equivocadas. En este caso, tenemos un misterio, pero nos hemos aferrado al misterio equivocado.

–Gahagan dijo que usted explicaría todo –dijo Wotton, con un controlado tono satírico–. ¿Puedo preguntar si esta es la explicación? ¿Es esta la solución del misterio?

–El verdadero misterio del anillo –contestó Pond con seriedad–, no es hacia dónde fue sino de dónde vino.

Wotton lo observó fijamente durante un instante y dijo con una voz algo distinta:

–Continúe.

Y Mr. Pond continuó:

–Gahagan ha dicho con toda verdad que el pobre Pitt-Palmer no era el ladrón. Pitt-Palmer no robó el anillo.

–¡Entonces –estalló Wotton, quién diablos robó el anillo?

–Lord Crome robó el anillo –dijo Mr. Pond.

Durante una breve pausa cayó el silencio sobre el grupo, pero entonces el somnoliento Gahagan se incorporó y dijo:

–Sabía que verías el punto.

Con el propósito de aclarar aún más las cosas, Mr. Pond agregó casi excusándose:

–Pero, verá, él tenía que ponerlo a circular, para descubrir a quién se lo había robado.

Después de otra pausa continuó con su usual manera lógica pero enrevesada:

–¿No ve, como ya dije, que uno simplemente asume algo desde el principio, simplemente porque se encuentra en todos los relatos de ficción? Uno asume que cuando un anfitrión pone a circular algo durante una cena, es algo que le pertenece a él y a su hogar, probablemente alguna vieja reliquia familiar, puesto que esto aparece en todas las historia. Pero cuando Lord Crome dijo, con una terrible ironía, que el anillo conmemoraba un romance en la familia hacía referencia a un asunto mucho más sombrío y amargo.

“Lord Crome había robado el anillo al interceptar la correspondencia, o, en otras palabras, al rasgar un sobre dirigido a su esposa y que sólo contenía el anillo. La dirección había sido escrita a máquina; por supuesto él no conocía todas las caligrafías involucradas. Pero conocía la antigua leyenda grabada en aquel anillo; una leyenda tal que sólo podía ofrecer con un único propósito. Reunió a todos aquellos caballeros para averiguar quién había sido el remitente; o, en otras palabras, el dueño del anillo. Sabía que el dueño intentaría recuperar de alguna forma su posesión, si podía hacerlo; detener el escándalo y hacer desaparecer la evidencia. Y en efecto el hombre que lo hizo así, aunque pudiera ser un canalla, no habría sido ciertamente un ladrón. De hecho, ante una moda pagana, era una especie de héroe. Quizás no por nada tenía aquel rostro frío y fuerte que es la máscara en piedra de Augusto. Tomó, primero que todo, el simple pero sensible camino de deslizar el anillo dentro del café, ocultándolo bajo el gesto de tomar azúcar. Así no sería descubierto en ese momento, por lo menos; y de esta forma podía ser registrado sin ningún peligro. Aquel enloquecido instante, que en realidad pareció transformar todo en un sueño terrible, cuando Crome lanzó el grito que el café estaba envenenado, fue sólo el desesperado contragolpe de Crome cuando descubrió el truco, asegurándose de que el café quedara tal y como estaba y recuperar así el anillo.

Pero aquel joven con el frío rostro prefería morir de esta terrible manera, tragándose el anillo y asfixiándose, ante la posibilidad que su secreto, o más bien el secreto de Lady Crome, pudiera pasar inadvertido. Fue una posibilidad desesperada, en todo caso; pero de todos los caminos que se le abrían, siendo este su objeto, fue probablemente el mejor que podía haber tomado. En todo caso, siento que todos debemos apoyar a Gahagan al declarar, con toda propiedad, que la memoria de este pobre individuo debe quedar libre de cualquier insinuación infame, y que un caballero no es efecto un ladrón cuando prefiere asfixiarse con su propio anillo.

Mr. Pond tosió delicadamente, después de haber llevado su argumentación a un final y Sir Hubert Wotton se quedó mirándolo fijamente, mucho más sorprendido por la solución que por el problema. Cuando se puso de pie lentamente, fue con el aire de alguien sacudiéndose de algo que aún seguía siendo un mal sueño, incluso cuando sabía que había pasado.

–Bien, tengo que partir, en todo caso –dijo, con el aspecto de un gran desahogo–. Tengo que pasar por Whitehall y sospecho que ya estoy retrasado. Por cierto, si lo que han dicho es verdad, todo esto debió haber sucedido bastante tarde. Hasta donde sé, la noticia sobre el suicidio de Pitt–Palmer no se ha hecho público aún...por lo menos no se reveló esta mañana.

–Sucedió anoche –dijo Gahagan y se levantó de la silla donde había estado medio acomodado, para despedirse de su amigo.

Cuando Wotton había partido, un largo silencio cayó sobre los dos amigos que permanecieron observándose mutuamente con seriedad.

–Sucedió anoche –repitió Gahagan–. Por eso les dije que tenía algo que ver con lo que sucedió esta mañana. Me comprometí esta mañana con Joan Varney.

–Sí –dijo Pond con calma–. Pienso entenderlo.

–Sí, creo que lo entiende –dijo Gahagan–, pero voy a tratar de explicarlo, después de todo. ¿Sabes que hubo algo casi más terrible que la muerte de aquel joven? Y sólo se me aclaró cuando ya me encontraba a más de un kilómetro de aquella desventurada casa. Supe por qué yo había sido uno de los invitados.

Se encontraba de pie y observando por la ventana, con su amplia espalda hacia Pond; y después de estas últimas palabras se mantuvo en silencio y sin dejar de mirar hacia el tempestuoso panorama afuera.

Quizás algo allá afuera despertara otro recuerdo, pues cuando volvió a hablar, fue como si comenzara con otro asunto nuevo, aunque se trataba de un aspecto distinto del mismo tema.

–No te mencioné casi nada sobre la especie de recepción al aire libre, con cócteles, que ofrecieron la tarde antes de la

cena, porque sentí que hasta que cuando uno no comprende el clímax, uno no puede comprender nada; todo sonaría como decir disparates sobre el clima. Pero ayer hubo un clima bastante raro y aún lo es; sólo que ayer estuvo más tempestuoso y sospecho que la tormenta ya pasó. Pero también había una atmósfera bastante rara; aunque este clima sólo fue una coincidencia, por supuesto, sucede algunas veces que las condiciones atmosféricas hacen que los hombres sean más concientes de las condiciones morales. Había una especie de cielo misterioso, irreal, sobre el jardín, aunque había una suficiente cantidad de luz solar intermitente casi tan caprichosa como relámpagos. Una inmensa montaña de nubes, de tonos como rosa e índigo, se aproximaba por detrás de la pálida fachada de la casa con columnas, que aún permanecía bajo un débil chorro de luz; y recuerdo que incluso en ese momento me estremeció la idea infantil que Pitt-Palmer era una pálida estatua de mármol y que formaba parte de la construcción. Pero no había casi nada más que ofreciera una pista sobre el secreto; nadie podía afirmar que Lady Crome era también como una estatua, pues volaba y se pavoneaba de un lado a otro como un ave del paraíso. Sin embargo, créalo o no, desde el principio sentí una opresión, tanto síquica como física, especialmente física. La sensación aumentó cuando entramos a la casa y las cortinas del comedor nos ocultaron cualquier vista concreta de la tormenta. Eran unas cortinas pasadas de moda,

rojas oscuras, con borlas pesadas y doradas; y fue como si todo estuviera impregnado de la misma tintura. Habrás escuchado decir que un hombre ve rojo, bien, pues lo que vi era rojo oscuro. Esto es lo más aproximado a lo que puedo llegar para describir la sensación, puesto que se trató de una sensación desde el principio y no adiviné nada.

“Y entonces aquella cosa siniestra y repugnante sucedió ante mis ojos en la mesa; pude ver el oscuro vino tinto en las jarras y el sombrío resplandor de las pantallas de las lámparas. Y aún así parecía como si yo fuera invisible e impersonal; apenas si era conciente de mí mismo. Por supuesto, todos tuvimos que responder a algunas preguntas personales, pero no necesito contarte toda la estela de trámites oficiales que cruzó el sendero de la tragedia. No se demoró demasiado, ya que era evidente que se trataba de un caso de suicidio, y el grupo se disolvió, dispersándose hacia la noche tormentosa por entre el jardín. A medida que salían, parecían haber adoptado nuevas figuras, nuevos perfiles. Entre la noche calurosa y la horrible muerte y la insoportable niebla de ahogado odio por entre la que intentábamos respirar, empecé a ver algo más en ellos; quizás empecé a verlos como eran. Ya no eran incompatibles sino grotescamente compatibles, como en una horrenda camaradería. Claro que esto era un estado de ánimo, uno bastante mórbido. En realidad, eran bastante distintos, pero tenían algo en común.

“Quien más me gustó fue el polaco; tenía sentido del humor y excelentes maneras, pero yo sabía lo que había querido decir cuando rechazó tan cortésmente la posición del Papa, puesto que implicaba el celibato. Crome también lo sabía y le sonrió como un demonio. El otro que me gustaba era el Mayor Wooster, el anglo-hindú; pero algo me decía que de verdad era un ser de la jungla, un *shikar* que no sólo cazaba tigres, un tigre que no solo cazaba venados. Después venía el atildado médico con las cejas y la barba estilo asirio; apuesto a que era más semita que magiar. Pero, en todo caso, tenía unos labios gruesos bajo la gruesa barba y una mirada en sus ojos almendrados que no me gustaba nada. Uno de los peores de todos, diría yo. No podría decir nada peor sobre Blande que tal vez sea demasiado estúpido para entender cualquier cosa fuera de su propio cuerpo. No posee la inteligencia suficiente para saber que tiene inteligencia. Todos conocemos a Sir Oscar Marvell; lo recuerdo salir, su abrigo de piel batiendo como si arrastrara detrás los ecos infinitos del inocuo aplauso de mujercitas atrevidas... aunque también de mujeres aún más necias. En cuanto al tenor italiano, era inusitadamente como el actor inglés. No se podría decir de él nada peor que esto.

“Sí, eran, después de todo, un grupo muy selecto. Fueron seleccionados por un hombre astuto y casi igual de loco por el hecho de ser los seis hombres en Londres con

mayor posibilidad de maquinar un plan para seducir a su esposa. Entonces, con un gran estremecimiento, casi literalmente fui conciente de mí mismo. Caí en cuenta de mi propia presencia. Yo, también, me encontraba ahí. Crome había hecho una lista de libertinos y los había escogido cuidadosamente. Y me había honrado *a mí* con una invitación a la fiesta.

“Eso era lo que yo era. Eso, por lo menos, era lo que supuestamente era. Un condenado dandy y un canalla holgazán, siempre detrás de las esposas de otros... Tú sabes, Pond, que en realidad no he sido tan infame, pero igual, ninguno de los otros, quizás, lo era. En este caso todos éramos inocentes y aún así el oscuro nubarrón se cernía sobre nosotros como un juicio. También era inocente, en aquel caso que recuerdas, cuando casi me colgaron por andar con una mujer que en realidad no me interesaba. Pero lo teníamos merecido; era nuestro carácter lo que esta errado por completo...lo que la pintoresca gente de antaño solía llamar el estado de nuestras almas, lo que los calaveras en los periódicos llaman *sex-appeal*. Esa fue la razón por la que casi me ahorcaron y por la que quedó un cadáver en la casa donde estuve. Y entonces cruzaron por mi cabeza, como la marcha de un ejército, unos versos escritos hace muchísimo tiempo sobre lo que en las leyendas ha sido el más noble de todos los amores ilícitos, cuando Ginebra, rechazando finalmente

a Lancelot, dice en unas palabras que tenían para mí el timbre del acero:

Pues bien sabes tú que de esta vida  
Sólo vendrá una lucha obscena y amarga  
Y la muerte de hombres y gran dolor.

“Yo había dado vueltas alrededor de este tipo de asuntos, pero nunca me vi efectivamente haciéndolo, hasta que dos juicios me sacudieron como la tormenta afuera en el cielo. Estuve a punto de recibir la sentencia, por parte de un juez de bonete negro y toga roja, de ser colgado del cuello hasta morir. Y, aún peor, recibí una invitación por parte de Lord Cromé”.

Gahagan continuó mirando por la ventana, pero Pond lo escuchó murmurar de nuevo, como el débil estruendo de la tormenta: “Y la muerte de hombres y gran dolor”.

Bajo el abrumador silencio que siguió, Mr. Pond dijo en voz muy baja:

–Lo que ha sucedido contigo es que te ha gustado ser difamado.

Gahagan volteó la cara, casi con el gesto de lanzar los brazos hacia arriba, y pareció tapar el marco de la ventana con su corpulenta estructura, pero estaba visiblemente pálido.

–Sí, *Kamerad* –dijo–. Era tan insignificante como eso.

Sonrió hacia su amigo, pero con una sonrisa vidriosa casi fantasmal y agregó:

–Sí, sentía más interés por ese sucio andrajo de vanidad, peor que cualquier vicio, que por otros vicios. ¿Cuántos hombres han vendido el alma para ser admirados por los necios? Yo estuve a punto de hacerlo, simplemente para levantar sospechas entre los necios. Ser el hombre peligroso, la oveja negra, el hombre de quien deben temer las familias... esa es la clase de abyecta ambición por la que desperdiicé tanto de mi vida y casi pierdo la realización de mi amor. Perdí el tiempo, malgasté las horas sin hacer nada, porque no podía renunciar a la mala reputación. Y, por Dios, casi termino por arruinar mi vida.

–Eso fue lo que supuse –dijo Mr. Pond con su tono más educado y cortés. Y entonces Gahagan empezó a hablar de nuevo:

–Yo era mejor de lo que parecía. Pero ¿qué significaba esto sino la blasfemia espiritual de aparentar ser peor de lo que era? ¿Qué podía significar sino que yo, peor que uno que practica el vicio, sentía admiración? Sí, lo admiraba en mí mismo, incluso cuando no estaba ahí. Yo era el nuevo hipócrita, pero el mío era el homenaje que la virtud rinde al vicio.

–Entiendo, sin embargo –dijo Mr. Pond, con aquel frío y distante tono, que no obstante ejercía un gran efecto tranquilizador en todo el mundo–, que te encuentras ahora completamente curado.

–Estoy curado –contestó Gahagan con seriedad–. Pero

significó la muerte de dos hombres y un patíbulo para curarme. Pero la cuestión es ¿de qué me he curado? Tú lo has diagnosticado perfectamente, mi querido doctor, si es que te puedo llamar así. Yo no podía renunciar al secreto placer de ser difamado.

–Pero en esta oportunidad, sin embargo –dijo Mr. Pond–, han surgido otras consideraciones y te indujeron a soportar la insoportable acusación de virtud.

De repente Gahagan se rió, de manera seca pero, al mismo tiempo, efusiva. Algunos habrían considerado su primer comentario como una particular extensión de esta risa.

–Fui a confesarme y todo lo demás esta mañana –dijo–, y de una cierta manera imprecisa he venido a confesarme contigo. Confesar que no asesiné a aquel hombre. Confesar que nunca cortejé a la esposa de aquel otro hombre. En síntesis, confesar que fui un embustero. Confesar que no soy un hombre peligroso... bueno, en todo caso, después de haber hecho todo esto, salí silbando, tan contento como un ave, para... bueno, creo que ya sabes hacia dónde me encaminé. Hay una muchacha con quien debí haber arreglado ciertos asuntos desde mucho tiempo atrás y era algo que siempre quise hacer, esa es la paradoja. Pero a primera vista una bendita paradoja mucho más insensata que cualquiera de tus paradojas, Pond.

Mr. Pond sonrió amablemente, como solía hacerlo

cuando alguien le había dicho, extendiéndose considerablemente, algo que él ya sabía. Y no era tan mayor, ni a pesar de su apariencia tan fría, como para no hacer una especie de conjetura sobre el desenlace definitivo de esta, un tanto exasperante, novela del Capitán Gahagan.

Esta historia comenzó con algunas afirmaciones sobre la manera cómo los relatos tienden a entremezclarse, una historia se mezcla con otra historia, en especial cuando se trata de historias verdaderas. Esta historia también empezó, y debería también concluir presumiblemente con la extraordinaria tragedia y el escándalo en la casa de Lord Crome, cuando aquel promisorio joven político, Mr. Pitt-Palmer, cayó muerto sin explicación. Debería en realidad terminar con un apropiado informe sobre el impresionante funeral público, el coro de alabanzas que le prodigó la prensa y los solemnes elogios que depositaron como flores en su tumba los jefes de todos los partidos en el Parlamento; desde las elocuentes palabras del líder de la oposición que comenzaban “Por mucho que hubiéramos diferido en cuestiones políticas...”, hasta aquellas aún más (de ser posible) elocuentes observaciones del primer ministro, que comenzaban “Convencido como estoy de que nuestra causa es independiente incluso del más noble personalismo, aún así tengo que lamentar, etc...”.

En todo caso, resulta bastante irrelevante para la trama central de esta historia tener que desviarse del funeral

de Pitt–Palmer hacia la boda de Gahagan. Será suficiente decir que, como ya se ha insinuado, que el efecto real que este estremecedor incidente tuvo en Gahagan fue conducirlo de nuevo hacia un viejo amor; un viejo amor que aún seguía siendo convenientemente joven. Una cierta Miss Violet Varney era en aquel momento una figura prominente del teatro; el término “prominente” ha sido escogido con bastante cuidado entre otros posibles adjetivos. En la opinión general de la sociedad, Miss Joan Varney era sólo la hermana de Miss Violet Varney. En la opinión perversa y personal de del Capitán Gahagan, Miss Violet Varney era sólo la hermana de Joan Varney; tampoco se sentía muy impaciente por insistir en esta relación. Amaba a Joan pero ni siquiera le agradaba Violet; pero no hay ninguna necesidad de internarnos aquí en los enredos de esa otra historia. ¿No están acaso escritas todas estas cosas en las Crónicas de los Reyes de Israel?

Resulta suficiente decir que en aquella particular mañana, por completo despejada y resplandeciente después de la tormenta, el Capitán Gahagan salió de la capilla en la calle secundaria y alegremente tomó la ruta hacia la casa de la familia Varney, donde se encontró a Miss Joan Varney ocupada en el jardín con una pequeña pala y le comunicó varias cosas de gran importancia para los dos. Cuando Miss Violet Varney se enteró de que su hermana menor estaba comprometida con el Capitán Gahagan,

salió con admirable rapidez hacia un club de teatro y se comprometió con uno de los numerosos tontos de más o menos noble cuna que pudiera usar para su propósito. De manera bastante prudente, rompería este noviazgo aproximadamente un mes más tarde, pero había conseguido que *su* compromiso apareciera primero en las páginas de sociedad.



- 1 **Antígona**  
Sófocles
- 2 **El 9 de abril**  
(Fragmento de la crónica  
*Vivir para contarla*)  
Gabriel García Márquez
- 3 **Cuentos para siempre**  
Hermanos Grimm  
Hans Christian Andersen  
Charles Perrault  
Oscar Wilde
- 4 **Cuentos**  
Julio Cortázar
- 5 **Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá**  
(Selección de  
*Reminiscencias de Santafé y Bogotá*)  
José María Cordovez Moure
- 6 **Cuentos de animales**  
Rudyard Kipling
- 7 **El gato negro y otros cuentos**  
Edgar Allan Poe
- 8 **El beso y otros cuentos**  
Anton Chejov
- 9 **El niño yuntero**  
Miguel Hernández
- 10 **Cuentos de Navidad**  
Cristian Valencia  
Antonio García  
Lina María Pérez  
Juan Manuel Roca  
Héctor Abad Faciolince
- 11 **Novela del curioso impertinente**  
Miguel de Cervantes
- 12 **Cuentos en Bogotá**  
Antología
- 13 **Cuentos**  
Rafael Pombo
- 14 **La casa de Mapuhi y otros cuentos**  
Jack London
- 15 **¡Qué bonito baila el chulo!**  
Cantas del Valle de Tenza  
Anónimo
- 16 **El beso frío y otros cuentos bogotanos**  
Nicolás Suescún  
Luis Fayad  
Mauricio Reyes Posada  
Roberto Rubiano Vargas  
Julio Paredes  
Evelio José Rosero  
Santiago Gamboa  
Ricardo Silva Romero
- 17 **Los vestidos del emperador y otros cuentos**  
Hans Christian Andersen
- 18 **Algunos sonetos**  
William Shakespeare
- 19 **El ángel y otros cuentos**  
Tomás Carrasquilla
- 20 **Iván el Imbécil**  
León Tolstoi
- 21 **Fábulas e historias**  
León Tolstoi
- 22 **La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes**  
Saki  
Kate Chopin  
Henry James  
Jack London  
Mark Twain  
Ambrose Bierce
- 23 **Por qué leer y escribir**  
Francisco Cajiao  
Silvia Castrillón  
William Ospina  
Ema Wolf  
Graciela Montes  
Aidan Chambers  
Dario Jaramillo Agudelo
- 24 **Los siete viajes de Simbad el marino**  
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 **Los hijos del Sol**  
Eduardo Caballero Calderón
- 26 **Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá**  
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 **Dr Jekyll y Mr Hyde**  
Robert Louis Stevenson
- 28 **Poemas colombianos**  
Antología
- 29 **Tres historias**  
Guy de Maupassant
- 30 **Escuela de mujeres**  
Molière
- 31 **Cuentos para niños**  
Hermanos Grimm  
Alexander Pushkin  
Rudyard Kipling
- 32 **Cuentos latinoamericanos I**  
Adolfo Bioy Casares  
Carlos Fuentes  
Juan Carlos Onetti
- 33 **Palabras para un mundo mejor**  
José Saramago
- 34 **Cuentos latinoamericanos II**  
Gabriel García Márquez  
Juan Rulfo  
Rubem Fonseca
- 35 **Bartleby**  
Herman Melville
- 36 **Para niños y otros lectores**  
Alphonse Daudet  
Wilhelm Hauff  
León Tolstoi
- 37 **Cuentos latinoamericanos III**  
Julio Ramón Ribeyro  
Alfredo Bryce Echenique
- 38 **Cuentos latinoamericanos IV**  
José Donoso  
Sergio Pitlor  
Guillermo Cabrera Infante
- 39 **Poesía para niños**  
Selección de Beatriz Helena Robledo
- 40 **El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente**
- 41 **Cuentos latinoamericanos V**  
Mario Vargas Llosa  
Felisberto Hernández  
Salvador Garmendia
- 42 **Tengo miedo**  
Ivar da Coll

- 43 **Cuento de Navidad**  
Charles Dickens
- 44 **Mitos de creación**  
Selección de Julio Paredes C.
- 45 **De paso por Bogotá.**  
*Antología de viajeros ilustres  
en Colombia en el siglo XIX*
- 46 **Misa de Gallo y otros cuentos**  
Joaquim Maria Machado de Assis
- 47 **Alicia para niños**  
Lewis Carroll
- 48 **Juanito y los frijoles mágicos**  
Cuento tradicional inglés
- 49 **Cuentos para releer**  
Horacio Quiroga  
Katherine Mansfield  
Italo Svevo  
Leopoldo Lugones  
Rubén Darío  
José María Eça de Queirós
- 50 **Cartas de la persistencia**  
Selección de María Ospina Pizano
- 51 **Rizos de oro y los tres osos**  
Cuento tradicional inglés
- 52 **El corazón de las tinieblas**  
Joseph Conrad
- 53 **Cuentos**  
Saki
- 54 **Cinco relatos insólitos**  
Howard Phillips Lovecraft
- 55 **Peter y Wendy**  
J. M. Barrie
- 56 **La edad de oro**  
José Martí
- 57 **Candelario Obeso**  
Cantos populares de mi tierra
- 58 **Poemas iluminados**  
Santa Teresa de Jesús  
Fray Luis de León  
San Juan de la Cruz  
Sor Juana Inés de la Cruz
- 59 **La vida es sueño**  
Pedro Calderón de la Barca
- 60 **Historias con misterio**  
Ueda Akinari  
E.T.A. Hoffmann  
Villiers De l'isle-Adam  
G.K. Chesterton

- 61 **Por la Sabana de Bogotá  
y otras historias**  
José Manuel Groot  
Daniel Samper Ortega  
Eduardo Castillo  
Gabriel Vélez  
José Alejandro Bermúdez



## LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

HISTORIAS CON MISTERIO  
FUE EDITADO POR LA  
FUNDACIÓN GILBERTO  
ALZATE AVENDAÑO  
Y LA SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN DEL DISTRITO  
PARA SU BIBLIOTECA

*libro al viento*

BAJO EL NÚMERO SESENTA  
Y SE IMPRIMIÓ EL MES DE  
SEPTIEMBRE DEL AÑO 2009  
EN BOGOTÁ



**Este es un «Libro al viento».**

**Es para que usted lo lea y para que lo lean  
muchos como usted. Por eso, cuando termine,  
devuélvalo y tome otro.**



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional  
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.



GOBIERNO DE LA CIUDAD